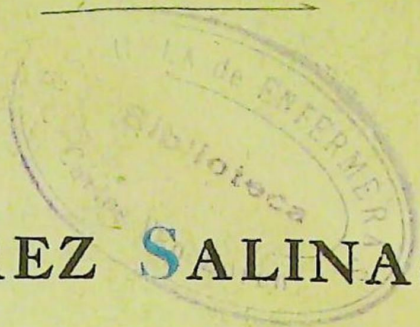


Levine



CARLOS RAMIREZ SALINAS



DON DIEGO
BARROS ARANA



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
1 9 4 2

5

11-2906

Ramírez Salinas, Carlos.



12066

ENVIO DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE
SECCIÓN PUBLICACIONES Y CAMBES

B.2
DON DIEGO BARROS ARANA

Es propiedad del autor. Inscripción N.º 9042

Copyright by Universidad de Chile

PRESENTACIÓN TIPOGRÁFICA DE MAURICIO AMSTER

92/Barros
R 173
C-1

CARLOS RAMIREZ SALINAS



DON DIEGO
BARROS ARANA



DON DIEGO BARROS ARANA, EN SUS ULTIMOS AÑOS

966



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
1 9 4 2

Am. 12066

R. 442

I N D I C E

NOICIA DE ESTE LIBRO 9

PRIMERA PARTE

EL INSTITUTO EN 1839	13
NIÑEZ Y ADOLESCENCIA	19
UNIVERSIDAD DE CHILE	23
1 8 5 8	28
EL OSTRACISMO.	34

SEGUNDA PARTE

VUELTA AL HOGAR	43
RECTOR DEL INSTITUTO	47
EL ADVERSARIO	58

EL DESQUITE.	64
LA PIEDRA DE SÍSIFO	71

T E R C E R A P A R T E

MISIÓN EN EL PLATA.	79
LA OBRA MÁXIMA	87
LA TEMPESTAD	93
PERITO DE CHILE	103
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD.	108
LA ENEMIGA IMPLACABLE.	112

C U A R T A P A R T E

EL HOMBRE	125
GRATO REFUGIO	135
EL OCASO	142
CONCLUSIÓN.	150
NOTAS	155

N O T I C I A D E E S T E L I B R O

CON MOTIVO DE CELEBRARSE — EN AGOSTO DE 1930 — el centenario del nacimiento de don Diego Barros Arana, publiqué en *La Nación de Santiago* una serie de artículos con recuerdos e impresiones tocantes a la vida y actuación de esta ilustre personalidad.

Esa vez recibí no pocas palabras halagadoras y de estímulo para alentarme a hacer de aquellos apuntes un folleto que pudiera tener más amplia circulación entre los numerosos discípulos y admiradores del eminente historiador y esclarecido maestro de la juventud chilena.

Entonces nació en mí la idea de proceder más bien a la ampliación del trabajo primitivo, que, sin pretensiones de verdadera biografía, fuera, sin embargo — aunque ligera —, una semblanza vivida y con mirajes a todos los as-

pectos de esa existencia ciertamente extraordinaria en el desenvolvimiento de nuestra cultura patria.

Terminado este bosquejo desde tiempo atrás, solamente ahora ve la luz, sin buscar en esta publicidad otra satisfacción — y no es poco — que la de saldar siquiera en mínima parte una inmensa deuda de gratitud al que fué mi querido y sabio profesor, y también mi amigo.

C. R. S

Enero de 1941.

EL INSTITUTO EN 1839

AL COMIENZO DEL AÑO ESCOLAR DE 1839, cuando aún el Instituto Nacional permanecía en el edificio del antiguo convento de los Jesuítas — donde hoy está el Congreso —, llegaban hasta la ancha puerta del sombrío casón un caballero de figura distinguida y un hijo suyo, niño de corta edad, pero en cuya mirada penetrante podía ya adivinarse una inteligencia aguda y precoz. Nadie hubiera imaginado entonces que ese infante blondo y suave como una figura de Watteau, pudiera encerrar en tan débil envoltura el espíritu más fuerte y la voluntad más vigorosa que pasaran jamás por el ambiente intelectual de este país: se llamaba Diego Barros Arana.

En el viejo claustro fueron acogidos con marcada deferencia por el rector, don Manuel Montt.



LLEGABAN HASTA LA ANCHA PUERTA

Esta actitud, dado el natural grave y reservado del señor Montt, parecía un tanto inusitada; pero la verdad es que no hubiese sido difícil de explicar, sabiendo que el visitante era nada menos que el muy destacado benefactor del Instituto, don Diego Antonio Barros Fernández, en cuyo honor con motivo del valioso obsequio de libros que hiciera al establecimiento cuando éste reabría sus puertas en 1819, la Junta Suprema de Gobierno dictara un decreto para darle — dice el texto — «las más expresivas gracias a nombre de la Patria».

Tales eran los antecedentes del personaje que en aquellos momentos iba en busca de un lugar para su hijo Diego en la todavía noveles aulas del primer plantel de educación creado por los fundadores de la República. Ahí, pues, se incorpora el pequeño alumno en calidad de externo a la clase inferior de latín, regentada por el profesor don Domingo Tagle Irarrázaval.

Es un poco difícil en la época actual darse cuenta del estado de atraso en que se encontraba entonces la instrucción pública en nuestro país; porque aun cuando el esfuerzo de los patriotas al fundar el Instituto Nacional había sido un paso enorme de progreso para lo existente durante la Colonia, sin embargo, los resultados, como casi siempre sucede en estas materias, no correspondieron luego a las esperanzas que en un principio se cifraron.

La pobreza misma del erario hacía que ni aún pudiera innovarse en la parte material, y el colegio continuaba fun-

cionando en aquella vetusta construcción derruida ya por el tiempo, sin ninguna de las medianas condiciones higiénicas que ahora se consideraban indispensables. Lo único que ese caserón podía ofrecer a los educandos, eran amplios patios muy apropiados para las recreaciones; pero las salas de clases en realidad no merecían el nombre de tales, por la pobreza verdaderamente vergonzante en que las mantenía la ruina progresiva del edificio.

En cuanto a los estudios, — aparte del Catecismo y Fundamentos de la Fe — estaban circunscritos a dos ramos obligatorios: el latín y un poco de filosofía escolástica. Había también clases de geografía descriptiva y de algún idioma vivo, pero sólo como ramos voluntarios. «El joven que salía del colegio después de terminar sus estudios secundarios — ha dicho después el mismo Barros Arana — carecía de todos los conocimientos aprovechables en la carrera de la vida y de los que tienden a desarrollar la inteligencia. Los pocos hombres que por sus conocimientos salieran de ese marco estrecho, los habían adquirido en la lectura o en la enseñanza privada, como la que daba don Andrés Bello en su casa a un reducido número de jóvenes».

El será también de los que tengan ese raro privilegio.

Por otra parte, el rigor con que se trataba a los alumnos en un régimen disciplinario, fiel reflejo del principio pedagógico tenido entonces como axioma, «la letra con

sangre entra», hacía que para los estudiantes la escuela fuera muy poco grata.

Y particularmente al chico Barros, que no alcanzaba entonces los nueve años — había nacido el 16 de Agosto de 1830— esa primera experiencia le fué por demás desagradable.

Se explica además esto, porque siendo de los menores en la familia, la prematura muerte de su madre, la dama argentina doña Martina Arana Andonaegui, le dejó en situación especial de regalía en un hogar que disfrutaba de todos los halagos de la fortuna.

El mismo hubo de hacer más tarde recuerdo de aquella época: «a los pocos meses de clases — dice — yo había cobrado un verdadero terror a los monitores, y no cesaba de lamentarme de su tiranía e injusticia. Durante muchas semanas se creyó en casa que todo cuanto yo contaba debían ser exageraciones de niño desaplicado y regalón. Pero el verme llorar todos los días, tarde y mañana, movió a mi padre a ir al Instituto a imponerse de lo que hubiera. El remedio que se halló fué retirarme de aquella clase — la del señor Tagle Irrarázaval — y pasarme a la inmediatamente superior que regentaba don Ramón Elguero.»

Los únicos ratos de esparcimiento y de solaz que podían disfrutar los pequeños educandos, solía proporcionárselos un monitor de la clase, Francisco Bilbao — de graú figuración en la política chilena más tarde —, alumno de

más edad que los otros y a quien tenían buena voluntad porque era afable con todos. Cuando faltaba el profesor, solía llevar a los niños en formación hasta el cerro Santa Lucía, para ejercitarlos en hacer marchas y evoluciones militares.

A esto se reducía en la práctica el sistema de Lancaster o de enseñanza mutua, puesto en boga como una de las novedades pedagógicas de aquellos tiempos.

N I Ñ E Z Y A D O L E S C E N C I A

NO OBSTANTE ESTAS DIFICULTADES INICIALES de adaptación al nuevo ambiente estudiantil, Barros Arana se hizo notar desde luego por cualidades extraordinarias de carácter y de inteligencia superiores a su edad; y más todavía por una prodigiosa memoria sólo comparable a la de otra gran figura americana, en plena madurez entonces, don Andrés Bello. Como éste, desde temprana edad siente irresistible atracción por la lectura, noble placer, su favorito durante toda una larga vida. Así es como logra adquirir un caudal enorme de conocimientos los más variados, que exteriorizará después — en tiempo no lejano — en todas las actividades predominantes de su genio — historiador y educador— en forma de no igualarle hasta el presente otro alguno entre nosotros.

Y aunque por prescripción médica deba — en busca de salud — abandonar los estudios superiores, él ha de seguir con igual tesón en el acopio de documentos para sus futuras investigaciones y trabajos históricos. Tendría apenas trece años cuando diera comienzo a esta rebusca de datos y manuscritos — desconocidos y raros entonces — de posible aprovechamiento en la composición de una Historia de Chile, su proyecto favorito llevado a cabo más tarde por él con tenacidad y dedicación únicas.

Inútil había de ser que su padre — con espíritu más práctico— tratara de llevarlo al comercio en que él hiciera gran fortuna; aunque no de provecho pecuniario, su destino era más alto. Continuaría, pues, el joven Barros completamente ajeno a tales actividades, y entregado en absoluto a sus meditaciones. Es así como éstas dieron luego sus frutos, con la publicación de sus primeros ensayos, antes de cumplir los veinte años.

Sus *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del sur* fueron entonces una halagadora promesa en su futura carrera de escritor.

«Sentía ya con intensidad — como ha dicho más tarde su biógrafo oficial — esa extraña voluptuosidad del trabajo intelectual en que vivía tan a gusto en medio de sus libros y sus rancios papeles, saboreando un raro placer para el intelecto y los sentidos; por eso no conoció los arrebatos de la juventud ni las locuras de los veinte años.» (1)

Temprano, sin embargo, hubo de sentir también la influencia avasalladora del encanto femenino, que luego consigue envolverlo en sus redes.

La encarnación de ese ideal, Rosalía Izquierdo Urmeneta, joven de rara belleza, cultivada inteligencia y de un gran carácter, pareció entonces la compañera mejor indicada para compartir con él los azares de una vida excepcionalmente movida y agitada.

Apenas cumplidos los veintitrés años, el joven escritor se unía a ella en matrimonio.

*

La muerte de su padre — ocurrida en 1853 — le dejó en condiciones de rico heredero. Este desahogo económico hubo de facilitarle más aún la labor literaria. En corto tiempo llegaba a formarse una positiva reputación de historiador y de erudito.

De suerte que al ocurrir, en 1854, el sensible fallecimiento del eminente profesor del Instituto don Luis Antonio Vandel-Heyl, se pensó desde luego en un discípulo suyo — Barros Arana — para que ocupase aquel sitio vacío en la Facultad de Humanidades.

Será como un mal presagio ir a sentarse ahí en ese sillón académico que ocupara un hombre que había sido víctima de las más crueles injusticias durante su vida entera, a causa de sus ideas anticatólicas, no obstante ser

persona en extremo bondadosa y de sereno espíritu. El sucesor afrontará también en tiempo no lejano iguales adversidades; pero en un plano más alto — como mayores fueran las responsabilidades — y con los elementos de defensa muy superiores que le diesen su considerable fortuna y la indomable entereza de su carácter.

UNIVERSIDAD DE CHILE

DON ANDRES BELLO PRESIDIA ESTA DOCTA corporación desde 1843, año en que fuera inaugurada con gran solemnidad.

Niño aún, Barros Arana tuvo la suerte de asistir a esa festividad que agitara entonces la soñolienta urbe colonial, y cuyo recuerdo quiso exteriorizar él mismo mucho tiempo después — 1893 — con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de aquel establecimiento.

«Entre los recuerdos más fijos y gratos de mi niñez — dice en tal oportunidad — conservo el de esa significativa ceremonia. Los alumnos del Instituto Nacional asistimos en cuerpo. Se nos colocó en rigurosa formación en la parte baja que formaba el centro de la sala. Allí presenciamos un acto que por su solemnidad debía impresionarnos viva-

mente, pero cuya trascendencia en el progreso de la patria chilena sólo mucho más tarde habíamos de apreciar.

»Cuando se hubo leído la lista de los miembros de la nueva corporación, y cuando aquellos, poniéndose de pie y levantando la mano derecha, hubieron presentado el juramento tradicional, se adelantó hasta la mesa presidencial un anciano de talla regular, de facciones finas y correctas, de aire modesto y distinguido. Vestía el traje oficial de la Universidad, casaca verde y pantalón blanco, y al cinto un espadín, como lo llevaban entonces en las grandes ceremonias los más pacíficos funcionarios de la administración pública. Aquel ciudadano dió lectura con voz suave e insinuante, y en medio de respetuoso silencio, a una disertación sobre los beneficios que procura el cultivo de las ciencias y de las artes.» (2)

Hasta el presente, aquel discurso de Bello es tenido como un modelo en el arte literario.

Cuantas veces — y acaso con honda emoción — Barros Arana recordará en el transcurso de su laboriosa y agitada existencia las sentidas palabras del maestro: «Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigiliias que se les consagran.» «Yo mismo, aun siguiendo de lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas.» (3)

*

El 18 de Abril de 1855 — antes de cumplir los veinticinco años de edad — Barros Arana pasa a formar parte de la Facultad de Humanidades.

El discurso que lee en la ceremonia de incorporación es una pieza literaria notable por su fondo y por el vigor del estilo.

Al hacer el elogio de su antecesor, el sabio Vandell-Heyl, recuerda que éste, sindicado en Francia como peligroso socialista de la escuela sansimoniana, disuelta allá por orden del Gobierno, «había dejado su patria, su familia y sus discípulos, porque su labio no quería ocultar lo que sentía su corazón.» «Sin esta franqueza — agrega — él habría llegado a los más altos empleos universitarios si como tantos otros hubiese querido renegar de sus convicciones o solamente disfrazarlas; pero tenía un horror profundo a la hipocresía, y prefirió la mediocridad a que fatalmente lo condenaba la sinceridad de sus convicciones, a los honores adquiridos por un hábil disimulo.» (4)

Estas palabras eran el fiel reflejo de su alma franca y sincera.

*

Los miembros de las Facultades Universitarias eran en realidad por aquellos tiempos más activos — y para emplear el vocablo hoy de moda —, más «dinámicos», pues

no les bastaba cooperar a la obra cultural realizada ahí, presentando con frecuencia trabajos científicos o investigaciones históricas, sino que tomaban además ingerencia directa en todas las actividades docentes de la corporación.

El nuevo académico habría de ser uno de los más empeñosos en llenar esta tarea, presentando importantes memorias y ejerciendo con entusiasmo cuanta comisión se le encomendara como visitador extraordinario de la enseñanza secundaria. Pero ahí había de señalarse luego por un espíritu completamente avanzado para las ideas dominantes de la época, no ya en las esferas mismas del Gobierno, sino aún dentro de sus propios compañeros de la Facultad.

Así es como informando el Decano sobre el resultado de los exámenes de Historia que presenciara — a fines de 1856 — en el Seminario Conciliar de Santiago, se expresa con una franqueza que no podía menos que producir inquietud en aquella sociedad de suyo inclinada al rechazo de cuanto pudiera significar, no ya un ataque, una simple alusión al espíritu devoto de la época.

«En el Seminario — dice en un informe — se ha cursado el ramo de Historia Moderna por un texto dictado por los profesores. Por lo que pude ver en las copias que pedí a algunos de los alumnos, y por las preguntas que dirigí a casi todos ellos, el texto no presenta ninguna ventaja y sí infinitos inconvenientes. Escrito con un celo ultracatólico, y concebido, quizás, para infundir horror entre los jóvenes estudiantes, por todo lo que en algo atañe a la reli-

gión reformada, el texto, más que una historia, es una diatriba contra todos los reyes protestantes y un perpetuo elogio de los príncipes católicos. Ud. comprenderá cuán graves son los inconvenientes de semejante sistema, y cuántos males produce en la inteligencia de los jóvenes, enseñándoles crasos errores históricos y empapando su corazón con odiosidades que rechaza el espíritu ilustrado del siglo XIX.» (5)

Un hombre que hablara así tan sin aprensión, no podía por menos de atraerse más de alguna contrariedad; pero un espíritu señaladamente batallador como el suyo, buscaba más que eludía oportunidades de abierta contradicción de credos y doctrinas.

Polemista formidable por la variedad y profundidad enorme de sus conocimientos, daba por lo común a la frase — bajo una apariencia fría y serena — un sabor cáustico y punzante, que ponía fuera de quicio a sus contradictores. Este mismo será el tono que prevalezca en su obra literaria, cultural y docente; de manera que sus enemigos — aun reconociéndole extraordinario valer intelectual — le motejarán de intransigente y de sectario. ..

La prensa conservadora — muchos años más tarde — resume en una frase el pensamiento de la colectividad: «El señor Barros Arana asumiría las hermosas líneas de una figura nacional, querida a todos los chilenos, si un sectarismo intransigente y agresivo no le hubiera enajenado las simpatías de gran parte de la sociedad.» (6)

A PRIMERA VISTA PARECE QUE UN HOMBRE ENTREGADO tan de lleno a estas múltiples tareas de índole puramente literaria o científica, no hubiese podido disponer de más tiempo para otros asuntos, y menos aún tomar parte activa en la política militante; pero un espíritu esencialmente inquieto y combativo como el de Barros Arana, no hubiera podido permanecer impasible en medio de las ardientes pasiones y rebeldías que trataba de ahogar la administración tenazmente represiva de don Manuel Montt.

Afiliado a los más decididos y violentos opositores, Barros Arana se convierte en periodista de combate, cooperando con verdadero entusiasmo al poderoso movimiento adverso a la política presidencial que es ya precursor — a fines de 1857 — de la borrasca que luego se desatará sobre el país.

En efecto, a mediados de 1858, el horizonte se muestra sombrío y amenazante. Voces agoreras esparcen siniestros rumores, mientras aumenta considerablemente la actividad de los agentes del Presidente Montt, gazuzos de descubrir el mayor número de complotados en las frecuentes denuncias por intenciones revolucionarias.

Pero no obstante las extremas medidas de rigor adoptadas, la oposición que mantiene la juventud más ilustrada de la época, no da tregua en su porfiada resistencia a ese Gobierno arbitrario y despótico.

Ya en febrero aparece *La Actualidad*, nueva publicación de batalla fundada para «censurar amargamente — dicen las columnas del mismo periódico — la política de la actual administración».

De ahí el empeño de la policía en tender redes a los redactores de esa hoja, y muy particularmente al más destacado de ellos: Barros Arana.

Además, todas las circunstancias del momento se mostrarán favorables para dar apariencia justificada a ese intento.

Casado Barros desde hace cuatro años, los jóvenes esposos, que disfrutaban de amplias simpatías en la sociedad de Santiago, se han apresurado desde el primer momento a ofrecer su salón a un grupo selecto de amigos.

Casi a diario — so pretexto de tertulias literarias — concurren ahí por las noches los políticos de más notorie-

dad en el bando opositor. Más todavía, es huésped permanente de la casa el «gringo» Souper, reputado como el más peligroso de los conspiradores. No es extraño, pues, que su domicilio permanezca constantemente vigilado por agentes del Gobierno

*

Noche del 14 de octubre: ambiente silencioso y lúgubre en las calles de Santiago.

En la dilatada villa colonial vibra aún el eco de once campanadas tañidas lentamente por el reloj de Santa Ana — éste ha reemplazado ahora al de los Jesuitas —, cuando varios individuos de sospechoso aspecto llegan hasta las cercanías de una casa situada en la parte alta de la calle de Santo Domingo, manteniéndose allí en constante acecho.

Tenués rayos de luz filtrados por ranuras de las ventanas y un vago rumor de voces que llegan hasta el exterior, son seguro indicio de que sus moradores no se han entregado todavía al reposo. En efecto, aún no se retiran los habituales contertulios de los esposos Barros Arana.

Hay esta noche una concurrencia excepcionalmente numerosa: Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui, Santa María, Sotomayor Valdés, los Blest Gana, etc., sin contar a Souper, que desde tiempo atrás vive ahí.

Rosalía Izquierdo hace los honores de la velada. Garbosa, de acentuados rasgos varoniles, su actitud tranquila y serena contribuye no poco a dar más ánimo y confianza a los concurrentes, que parecen hoy más preocupados e inquietos.

—Usted, Rosalía —, dice don Miguel Amunátegui con voz apagada como para que no le oigan los demás —, debe influir para que Diego no se comprometa demasiado en esta campaña contra el Gobierno, pues la violencia de sus últimos artículos en *La Actualidad*, de seguro le tendrán ya en la lista negra . . .

—No sea miedoso, Miguel — le contesta la dueña de casa.

Souper, que alcanza a percibir el diálogo, interviene:

—Luego acabará esto: a Montt y a sus secuaces les quedan días contados.

—¡Cierto! — exclama Vicuña Mackenna. — Tengo datos seguros de que la revolución es ya un hecho.

—Y no queda otra cosa — dice entonces Barros, que al oír la voz sonora de Vicuña se acerca al grupo —. Debe darnos vergüenza que la patria de O'Higgins y de Portales siga gobernada por malvados como Montt, y pisoteada por sicarios borrachos como el tuerto García y esa gavilla de malhechores . . .

—No te exaltes, Diego — le replica muy bajo Amunátegui, temeroso de que puedan estar afuera en escucha.

Lo cierto es que ahora se oye el ruido de sables y de pasos en la acera, justificando así el recelo de don Miguel.

Es la señal de alarma y de dispersión; y aunque el parlatorio continúa algunos minutos más, todos emprenden muy luego la marcha.

Afuera, los vigilantes, en espera de este momento, unos se dirigen tras de los que se retiran; otros — los más — proceden a un allanamiento violento de la casa. El registro no proporciona a los agentes los documentos y armas que buscan; pero no obstante ese resultado, antes de una hora. y en medio de policías que caminan en dirección a la cárcel por la mal alumbrada calle de Santo Domingo, cualquiera — a pesar de la obscuridad de la noche — podría reconocer la alta silueta de Barros Arana y la también inconfundible de su amigo el «gringo» Souper.

*

El 12 de diciembre, Montt declara una vez más el estado de sitio, al que — como era de esperar — siguen luego los arrestos y deportaciones. Barros Arana, antes de volver a la cárcel de donde ha salido poco ha, opta más bien por trasmontar los Andes.

Después de una corta permanencia en Mendoza, al comenzar el nuevo año se instala definitivamente en Buenos Aires, donde a pesar de tantas adversidades, ni un instante

siquiera pierde su buen humor habitual. Muestra de ello es la carta que desde allá dirige a un amigo suyo residente en Santiago.

Contándole en ella que ha visitado ciertos lugares de la república oriental en que se presentan curiosos fenómenos de petrificación de objetos de todas clases, le dice: «Es una lástima que los chilenos no hayamos mandado a Montt a esos países para ver si convertido en piedra hubiera dejado de cometer sus maldades.» (7)

Este ostracismo habrá de durar hasta 1861, año en que — con disposiciones más liberales — asume la presidencia de la República don José Joaquín Pérez.

SU PERMANENCIA EN EL EXTRANJERO SUPO aprovecharla admirablemente en reunir el material que fuera menester a la realización de esa vasta y monumental Historia de Chile que, desde tantos años atrás, proyectara escribir.

En efecto, casi en la adolescencia, había comenzado la recolección de documentos y libros con ese objeto; trabajo que en aquella época se presentaba por demás difícil y costoso, pues los libros eran escasos y caros en Chile. Además la consulta en los archivos oficiales del Gobierno se hacía punto menos que imposible por el desorden y falta de organización existentes en ellos.

Igual cosa puede advertirse en lo que respecta a la Biblioteca Nacional, cuyo acervo apenas alcanzaba a unos die-

ciocho mil volúmenes de obras en su mayor parte vetustas, y provenientes de la librería de los antiguos Jesuitas. «Había entonces — ha dicho medio siglo después el mismo Barros Arana — muchos menos libros que al presente para estudiar la historia y la geografía de estos países — los de América —, de tal suerte que el que deseara conocerlas hallaba en los primeros pasos de la investigación largos períodos históricos y dilatadas regiones geográficas sobre las cuales no podía procurarse noticia alguna.»

Se explica así que la Biblioteca tuviese muy escaso movimiento; apenas eran unos seis u ocho — casi todos alumnos del Instituto Nacional — los únicos asistentes a la lectura. Por otra parte, el personal mismo del establecimiento — inadecuado y escaso — no manifestaba el menor interés en desarrollar ésta para ellos inoportuna afición por el estudio y la consulta de libros.

Al mismo don Diego le oí referir algo muy sugestivo a este respecto: se trataba en el Congreso de conseguir el aumento de la partida destinada en el presupuesto a la compra de libros para la Biblioteca Nacional. El autor de la indicación, don Diego Barros — diputado entonces —, creyó en un principio encontrar mayores facilidades por el hecho de que, siendo el propio Secretario de la Cámara empleado a la vez en la Biblioteca, habría éste de ayudarle en la propaganda destinada a convencer a sus colegas de algo tenido por ellos como de escasa o ninguna utilidad. Sin embargo, el Secretario se había ganado la mayoría en

sentido adverso, con este sólo su concluyente argumento: «Si con los pocos libros que hay ahora en la Biblioteca — les decía — va tanta gente a molestar, cómo será si compran más libros...!»

Por lo expuesto, puede fácilmente colegirse el cúmulo de dificultades que había de afrontar toda persona interesada en tales especulaciones. Y aún cuando Barros Arana tuviera mucha perseverancia, tiempo y dinero, aquí — en su patria — no pudo alcanzar grandes resultados en ese sentido.

Pero ya desde su paso por Buenos Aires — en enero de 1859 — su colección de documentos empieza a enriquecer en forma extraordinaria.

Ahí, el general Mitre, con quién había antes cultivado relaciones en Chile, se apresuró a ofrecerle su valioso concurso. Así habrá de reconocerlo muy gentilmente el mismo favorecido de entonces, al publicar — en 1902 — el último tomo de su *Historia General*. «Mitre — dice — puso todo a mi disposición con la más absoluta franqueza; me ayudó con su experiencia en la exploración de los archivos, y me puso en comunicación con cuanta persona podía procurar-me algún documento o suministrar algún dato que pudiera interesarme».

En Europa su diligencia iba a ser igualmente fructífera. Allá encuentra personas de alta significación en la sociedad y en las letras, con quienes traba relaciones que le serán de gran provecho.

Algunos, como el general don Juan O'Brien — antiguo ayudante de campo de San Martín —, eran viejos conocidos desde aquí. De él obtiene importantes y curiosas noticias sobre las campañas en la guerra de la Independencia; y luego le sirve de introductor en la Biblioteca del Museo Británico, verdaderamente rica en los materiales que buscaba.

En España, tanto el erudito y bibliógrafo don Pascual de Gallangos, como el famoso historiador don Modesto Lafuente, serán sus auxiliares más eficaces.

A este último le toca intervenir en una incidencia bastante curiosa: habiendo Barros Arana solicitado sacar copia de algunos manuscritos existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, un miembro de ella, el Conde de Gargas, se opone resueltamente, alegando que los americanos buscaban esos datos sólo para inferir ultrajes a la vieja metrópoli, y justificar en alguna forma la insurrección que les hiciera independientes.

Don Modesto Lafuente combate con energía esas opiniones, y la Academia, no sólo concede el permiso al señor Barros, sino que — tiempo después — le nombra también su socio correspondiente.

*

Ha de explorar todavía, durante dos años, los nutridos archivos y bibliotecas españoles; de Sevilla y de Salamanca, saca el material más abundante.



En París tiene la suerte de conocer toda la interesantísima documentación privada perteneciente al general San Martín, que la hija de éste le ofrece generosamente. Concedora ella de cómo el joven historiador chileno había iniciado en sus escritos la rehabilitación de esa gran figura americana, obscurecida aún por mezquinas pasiones, quiso manifestarle sincero agradecimiento con aquella amable hospitalidad.

Con clara visión del porvenir, en la búsqueda de documentos, tuvo además una previsor y patriótica iniciativa, acumulando entonces no pocos elementos de defensa para nuestra futura y ardua cuestión de límites con la República Argentina.

Y llegado el término de esta inmensa labor, el mismo se declara contento, porque «el resultado de esta larga y prolija exploración de archivos y bibliotecas, le procuró ordinariamente una satisfacción que compensaba de sobra las fatigas y molestias consiguientes a esta tarea».

Pero no solamente éstas — contando ya muchas — habrán de ser allá sus preocupaciones. Una cabeza como la suya, dotada de tan amplias facultades, se complacía en buscar siempre nuevos campos de acción. Y ninguno que mejor cuadrara a sus naturales tendencias, fuera ese en que él pusiera más tarde las mejores energías de su alma: la educación de la juventud. El había palpado en su patria las deficiencias enormes de la enseñanza pública, la falta de elementos para mejorarla y — más todavía — la porfiada re-

sistencia de un número considerable de sus propios conciudadanos, que tenían gran valimiento en las esferas gubernativas.

Pero, precisamente, esta misma oposición hubo de ser acicate y estímulo para emprender la lucha. Tenía fe en un próximo resurgimiento cultural en su país; y así, con ese su acostumbrado tesón prepara desde allá la magna empresa que, con su sola voluntad y empeño, hubiese de realizar en no lejanos días.

Y puso manos a la obra: «Si bien consagraba — dice — la mayor parte de mi tiempo a examinar en archivos y bibliotecas cuanto pudiera descubrir respecto a la historia y la geografía de América, y en especial de Chile, me dí la satisfacción de visitar en cada país los establecimientos científicos y de enseñanza a que pude tener acceso, y recolectar no pocos libros y reglamentos sobre esta materia.» (3)

S E G U N D A P A R T E

V U E L T A A L H O G A R

COMO YA HEMOS VISTO, LOS GRAVES ACONTECIMIENTOS acaecidos a fines de 1858 y comienzos de 1859 habian producido el trastorno de la paz pública, que el Gobierno pudo restablecer mediante enérgicas medidas de represión.

El presidente Montt — como era costumbre entonces — hubiera querido ungir candidato oficial para sucederle, a su fiel amigo don Antonio Varas; pero éste, con clara visión de estadista y patriótico desinterés, no quiso aceptar la herencia.

Hubo de buscarse otro que despertara menos recelos y desconfianzas: la persona indicada fué don José Joaquín Pérez.

El contraste de su personalidad espontánea y jovial, con la adusta y severa de don Manuel Montt, crearon alre-

dedor del señor Pérez esa atmósfera de descrédito en que — antes como hoy — suele el común de las gentes envolver a los que no tienen una apariencia misteriosa e impenetrable.

Los que no le conocieron de cerca, nunca llegaron a comprender aquella risa socarrona e irónica con que frecuentemente acompañaba, a flor de labios, la frase sencilla, pero intencionada.

Era, sin duda, un espíritu ilustrado y que poseía una cultura general no corriente en aquella época.

*

En vísperas de inaugurarse el nuevo período presidencial — 1861 — Barros Arana regresó a la patria.

El cambio de Gobierno le era particularmente favorable, pues desde antiguo estaba ligado al Magistrado elegido, por una sincera e invariable amistad. Y ésta no provenía tanto de comunes aspiraciones o ideales políticos — que ambos los tenían muy diversos — sino de aficiones literarias y culturales a que el presidente Pérez — sin parecerlo — era en realidad muy inclinado.

No es extraño, pues, que luego pudiera darse cuenta de las ventajas enormes que habría en aprovechar los vastos conocimientos y la nueva experiencia adquirida en países europeos por Barros Arana, quien, luego de llegar, ha-

bía ya comenzado a ser el mentor único en la resolución de todos los problemas culturales.

Aquella malhadada Biblioteca Nacional — de no muy gratos recuerdos para él — iba ahora a modernizarla, aprovechando su especial estudio de las que viera en su viaje por Europa.

El Consejo Universitario le llama, con ese objeto, a tomar parte en sus deliberaciones; y el mismo don Andrés Bello, que preside, quiere también darle ahí las gracias por estos servicios y por haber redactado y leído — en la sesión solemne del 6 de octubre de 1861 — la última memoria sobre los trabajos de la Universidad.

Pero la labor en que pusiera su mayor empeño y entusiasmo, fué la realización de un proyecto mantenido entonces en mucho secreto: había propuesto — para cuando Montt dejase la presidencia — la idea de lanzar a la publicidad un libro que diera a conocer las características de ese gobierno.

Lastarria, Santa María y Marcial González adhirieron como decididos colaboradores, distribuyéndose a prorrata el trabajo de redacción.

Barros Arana quiso desempeñar la parte más intensa de la tarea, poniendo en ella — como en aquellos días de ardorosa lucha — su mismo encendido fervor para fustigar un régimen que consideraba funesto para el país.

Tal fué el origen del *Cuadro histórico de la administración Montt*, cuyos primeros ejemplares — con pingüe ga-

nancia de los editores — publicara una imprenta de Valparaíso a mediados de septiembre de 1861.

Sus páginas candentes —devoradas entonces por el público — causaron también honda impresión al mandatario que se alejaba y a los que con él compartieran las responsabilidades en el decenio expirante.

Comentarios apasionados — más favorables que adversos — acogieron ese escrito que a manera de condena implacable caía ahora sobre un gobierno cuyos excesos — por conservar el poder — llegaron a menudo hasta la represión más sangrienta.

«El *Cuadro histórico de la administración Montt* — dice un distinguido escritor — fué para el erudito investigador el término de su ardiente y amarga jornada de diarista y de luchador político, a la que aportó todo el entusiasmo de su juventud y el encendido celo de su amor al nativo terruño». (9)

RECTOR DEL INSTITUTO

EN UN LARGO PERIODO DE MAS DE TREINTA años, don Andrés Bello había sido el verdadero director y organizador de la instrucción pública; pero en su calidad de extranjero — y para no despertar rivalidades ni envidias — le gustaba más bien aparecer en el modesto papel de consejero áulico. Pero, a fines de 1862, don Diego Barros Arana iba a coger con brazo joven y vigoroso el centro de la enseñanza, que ya caía de aquellas manos desfallecientes. Elegido por el Presidente de la República, que manifiesta el sincero propósito de mejorar la instrucción pública, emprenderá luego por sí solo una de las más positivas y trascendentales reformas de la educación pública llevadas a cabo en Chile. Y no se vaya a creer que entonces fuera tan sencillo hacer una reforma educacional. En aquella época era necesario — aparte de la experiencia

y conocimientos profundos de la materia — tener además mucho carácter para resistir a las preocupaciones dominantes, que eran adversas a la enseñanza científica, precisamente la que iba a implantarse.

Lo que a nadie se le ocurriera discutir hoy, en aquel tiempo sostenían algunos como verdad concluyente; así — para ellos — el estudio de la Geografía Física y el de las Ciencias Naturales, no sólo era inútil sino hasta perjudicial. Años más tarde, aun no los aceptarían como necesarios: don Joaquín Larraín Gandarillas y don Rafael Fernández Concha presentaban un proyecto al Consejo Universitario a fin de establecer que para el estudio de la carrera de Medicina y de Matemáticas sólo bastaba rendir previamente Gramática Castellana, Retórica, Filosofía y Religión.

Se comprende, pues, cómo el señor Barros Arana, aun contando con el decidido apoyo del Presidente de la República, tuviera que luchar siempre con firmeza inquebrantable contra esa corriente, poderosa todavía en la opinión y en las esferas oficiales, donde, más de una vez, por esta causa, ella hiciera vacilar el Gobierno mismo de la República.

*

En enero de 1863, el señor Barros Arana recibe el nombramiento de Rector del Instituto Nacional. Esto equi-

vale a decir que el Gobierno entregaba en sus manos la dirección de toda la enseñanza secundaria en el país; porque, aparte de quedar el Rector incorporado al Consejo Universitario, que supervigilaba entonces la instrucción pública, el Instituto servía también de modelo y daba la norma a todos los liceos fiscales. De suerte que cualquiera reforma introducida en el primer establecimiento, iba luego a reflejarse en todos los demás colegios.

El Instituto no funcionaba ya en el viejo Convento de los Jesuitas, donde él hiciera sus estudios, sino que en 1850 había sido trasladado a la casa que actualmente ocupa, hecha durante la administración del Presidente Bulnes. Aunque tuviera algunas deficiencias — para su tiempo — no puede negarse que esta fábrica constituía ya un gran progreso en materia de edificación escolar. Pero no era precisamente en este punto donde se hubiera de innovar; y los afanes del nuevo Rector irán encaminados desde luego al fondo mismo del problema: métodos, naturaleza y calidad de los estudios secundarios. Estos — a esa fecha — conservaban todavía su índole puramente literaria, mientras que el estudio de la ciencia — sospechoso de hacer caer en materialismo — era combatido tenazmente. El aprendizaje de memoria permanecía en pleno auge; a tal punto que los profesores concretaban su papel al de meros verificadores de las dos o tres páginas que los alumnos aprendían diariamente en esta forma.

Al mismo Barros Arana le constaba desde antes este



EL INSTITUTO EN 1863

hecho: «Los exámenes de Historia Antigua y Griega de los estudios de Humanidades del Instituto Nacional — informaba el año anterior — me causaron una impresión bastante desagradable. En general los alumnos sabían bien poca cosa; y pude notar que se les había enseñado de memoria, sin que los jóvenes pudieran darse cuenta de las frases que repetían. Este defecto era más notable en la clase de externos, si bien éstos recitaban con mayor facilidad y soltura las páginas enteras y quizás los capítulos del libro por el cual habían estudiado.»

Tales eran los defectos y vicios que maleaban la enseñanza nacional, y que el señor Barros Arana hubo de extirpar con impertérrita valentía. «Empeñándome — dice él — en mejorar la parte literaria de la segunda enseñanza por la introducción de métodos y textos elementales más adecuados, contraí particular atención a la parte científica, dando más desarrollo a los ramos que entonces se enseñaban muy superficialmente, y creando la enseñanza de otros que eran desconocidos en nuestros colegios, y entre ellos la Historia Natural en sus tres secciones, y la Geografía Física.» Además, en su nuevo plan de estudios introducía otros ramos: la Historia General de la Literatura, nociones de Historia de la Filosofía y Elementos de Química.

Y para mayor eficacia en la aplicación de este nuevo plan de estudios, hubo de cambiar el antiguo sistema — vigente aún en la enseñanza primaria — según el cual un mismo maestro enseñaba todos los ramos dentro del respectivo

año de humanidades, por el más lógico de la especialización de cada profesor en la cátedra de su preferencia, repartiéndolo así entre varios el trabajo encomendado antes a uno solo.

Y a la reforma de los planes de estudio, le siguen la de los reglamentos y de los horarios; la redacción de nuevos textos hechos por él mismo; y todo, junto con atender a la disciplina escolar y el desarrollo físico de los alumnos. Con la creación de laboratorios y colecciones de objetos, desterró para siempre la enseñanza mecánica, rebajando los textos al papel de meros auxiliares del profesor.

Nadie como él estimuló más el gusto por la lectura con el fomento de la Biblioteca del Instituto Nacional, enriquecida con valiosas donaciones hechas de su propio peculio. En suma, la educación pública, que fuera objeto de tantos desvelos de parte de todos los Gobiernos desde la fundación de la República, y que conservaba siempre, en su fondo y en su forma, un carácter vetusto que no correspondía ya a su época, no obstante estar fundadas en definitiva sus bases desde la administración Bulnes — que había aprobado el plan de Domeyko — se dirige ahora a desarrollar la razón de los niños y se adapta a sus verdaderos fines sociales. «Es necesario — sostenía entonces el señor Barros Arana — desarrollar la razón de los niños, enseñándoles a pensar y explicándoles los puntos de unión de los diferentes ramos que cursan.» ¡Cuántas veces — como una novedad — no es-

cuchamos hoy, después de sesenta años, una frase como ésta en boca de modernos pedagogos!

Naturalmente que en la realización de tantas y tan radicales reformas tuvo colaboradores inteligentes e idóneos; pero también es cierto que todos ellos, aún los más meritorios, recibían su inspiración e imitaban su ejemplo. Los anhelos, las esperanzas que formaran el ideal de renovación acariciado por él durante tanto tiempo, se tornaban ahora en realidad; pero los enemigos de la reforma estaban constantemente en acecho; sólo su inquebrantable energía pudo mantenerle sin vacilaciones ante la tempestad que — tarde o temprano — llegaría sobre él, tratando de aniquilar su obra y el espíritu nuevo que infundieran sus enseñanzas. Aun cuando contaba con la confianza y el apoyo decidido del presidente Pérez, éste, sintiéndose flaquear muchas veces en la lucha, no se manifestaba siempre muy seguro. En más de una ocasión cedió, para volver después sobre sus pasos, a instancias del mismo Barros Arana, que no transigía un ápice en sus resoluciones.

*

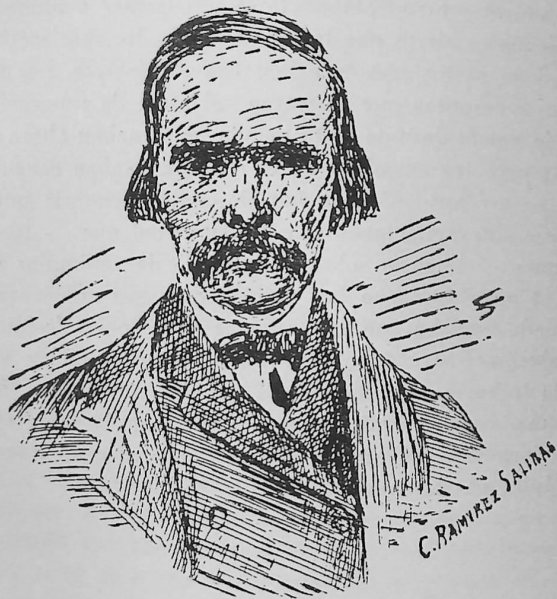
Todas las reformas introducidas en el Instituto Nacional quedaron formalmente sancionadas por el Presidente de la República el 5 de Octubre de 1863. Al año siguiente, queriendo hacer cesar la anarquía existente en todos los Liceos del Estado, el Gobierno y el Consejo de Instrucción

Pública encomendaron al señor Barros Arana un plan general de estudios. Este proyecto fué aprobado por el decreto del 26 de diciembre de 1864.

De los nuevos estudios, el que hubo de levantar mayores resistencias fué el de la Historia Natural, sobre todo cuando — en 1866 — don Rodolfo Amando Philippi, encargado por el Rector de hacer la clase en el Instituto, publicaba sus *Elementos de Historia Natural*. La tempestad se produjo porque en el texto el autor insinuaba tímidamente la «teoría de Darwin» sin aceptarla, pero reclamando respeto para todas las doctrinas y todas las opiniones.

«Apenas publicado su libro — dice Barros Arana — se desató contra él en la prensa conservadora, una guerra implacable de dicterios y de ultrajes, por haber sostenido y por enseñar que el hombre provenía del mono. Sería vergonzoso el recordar las ofensas que se le prodigaron; pero no debemos omitir que se le daba el apodo de «ignorante», al lado de otros contra su dignidad de sabio y profesor, y hasta contra su figura física. Y aquellos ultrajes se repitieron con tanta obstinación que el común de las gentes que nunca había oído hablar del sabio naturalista don Rodolfo Amando Philippi, conoció a éste de nombre y de fama por creérsele el autor o sustentador de la «teoría del hombre mono», que jamás había proclamado.» (10)

Y de esta campaña de desprestigio emprendida contra las nuevas reformas no sólo participaban la prensa conservadora, muchos padres de familia, sino — lo que es muy



DON DIEGO, RECTOR DEL INSTITUTE

curioso — hasta los mismos rectores de algunos liceos fiscales.

De ahí es que el Gobierno, cediendo a esta presión, dictara el decreto de julio de 1865, en que declaraba como no obligatorios para pretender grados universitarios los estudios de Geografía Física, Historia Natural, elementos de Química e Historia de la Filosofía.

El efecto producido por tal disposición gubernativa fué desastroso: las clases ya establecidas en el Instituto Nacional estuvieron a punto de quedar desiertas; pero la mejor disciplina que comenzaba a formarse entre los alumnos y el prestigio mismo de algunos profesores, consiguen detener a los más estudiosos.

Mientras tanto el señor Barros Arana no cesaba de insistir ante el Gobierno: «En diciembre de 1866 representé al Ministerio — dice — los males que aquel estado de cosas causaba a la enseñanza, la perturbación que producía en la marcha de los estudios a muchos jóvenes, que creyendo adelantar en su carrera con sólo libertarse de aquellos exámenes, no seguían orden en los cursos y acababan por ser reprobados.»

Su perseverancia y firmeza triunfaron una vez más, y el Presidente de la República dictó el Decreto de 24 de abril de 1867, que declaraba nuevamente obligatorios aquellos estudios. Quedaba por fin establecido el predominio de la enseñanza científica, y no volverían — durante algunos años — nuevas intenciones para destruirla.

La influencia de don Diego Barros Arana será en adelante decisiva en la dirección superior del servicio docente del Estado, mientras no llegue para él la hora de la revancha que irán preparando a la sombra el odio y el despecho de los vencidos en aquella lucha contra un hombre solo, que defiende imperturbable los fueros de la Ciencia y las prerrogativas del Estado en la educación pública.

LAS RADICALES TRANSFORMACIONES LLEVADAS a cabo en la educación pública, han provocado entre las huestes conservadoras no sólo una tenaz resistencia sino la más franca aversión y hostilidad para el autor de ellas.

De modo que ahora se busca afanosa y solapadamente la manera de acabar con él a toda costa, pues su permanencia al frente del Instituto significaría el avance y preponderancia definitivos del movimiento científico ya realizado.

Pero, ¿será tarea fácil alcanzar este objetivo dentro de la actual combinación de gobierno, en que el propio Presidente de la República manifiesta ser partidario de la reforma y además decidido amigo de Barros Arana?

Por el momento, el problema aparece un tanto difícil de resolver a entera satisfacción de los enconados y tenaces adversarios.

Sin embargo, acercándose la renovación del período

presidencial, será tal vez posible buscar un arreglo en este sentido con el candidato oficial — Errázuriz Zañartu — que seguramente para su triunfo habrá de necesitar el apoyo del partido conservador.

Errázuriz figura en el partido liberal; pero la verdad — aunque parezca extraño — es que el futuro Presidente ha de ser un decidido cooperador en la obra demoledora que piensan realizar sus nuevos correligionarios.

Por lo demás, el candidato no aparece ante ellos como un neófito en campañas de esta clase.

Pocos años después de creada la Universidad de Chile, ya comienza a ser ésta objeto de los más rudos ataques.

El año 1845 se pide en el Senado la rebaja de sueldos del Rector y del Secretario General, pues se consideran excesivos y hasta injustificados, como que, en el primero de ellos, don Andrés Bello gana mil quinientos pesos anuales.

Poco tiempo más tarde — en 1849 — don Federico Errázuriz Zañartu y don Francisco de Paula Taforó — diputados ambos y compañeros en la facultad de Teología — pedirán con tenacidad en la Cámara la supresión de la partida destinada en el presupuesto al sostenimiento de la Universidad, pues creen que habrá seguramente otras necesidades más premiosas de atender con los dineros fiscales. Los gastos — en total — ¡llegaban a 13,450 pesos anuales!

El terreno está, pues, bien preparado; y aunque también Errázuriz es amigo personal y reconocedor de los relevantes merecimientos de la futura víctima, el interés po-

lítico, no obstante, primará sobre cualquiera otra consideración.

¿Y quién, sin mayores escrúpulos, sería capaz de llegar allá?

La dificultad fundamental se presenta en que, estando Barros Arana tan vinculado a la sociedad — verdaderamente oligárquica entonces —, ninguno de los políticos de primera fila quiere desempeñar ese ingrato papel. A muchos de ellos — para tranquilizarlos — hubo de manifestarles el propio Errázuriz que en ningún caso firmaría la destitución de Barros Arana.

¿Dónde encontrar, pues, al adversario?

Alguien va a buscarlo en el propio Instituto. Y ahí le encuentra: se llama Abdón Cifuentes.

Hace clases de Historia en ese establecimiento.

La intriga política suele muchas veces sacar su mejor partido, aprovechando las pequeñas pasiones de los hombres.

Ahora se presenta la oportunidad, ni mandada hacer de encargo: la enemiga del profesor con su jefe no proviene de que éste le haya hecho ofensa ni desaire alguno, sino que nace más bien de haber tenido Barros Arana la inoportunidad de anticipársele a escribir la Historia General de Chile, «sueño dorado» de Cifuentes, «proyecto a que había consagrado tantos años y que iba tropezando día a día con nuevos obstáculos», y que jamás podría llevar a cabo más tarde. (11)

*

En vísperas de iniciar su período presidencial, Errázuriz Zañartu, cediendo a constantes exigencias del partido conservador, resuelve ofrecer a Cifuentes la cartera de Instrucción en el ministerio con que ha de inaugurar la nueva administración.

Ambos apenas si se han encontrado alguna vez: pertenecen a mundos diferentes, y este primer conocimiento que los acerca — falto de espontaneidad — no tiene base alguna de simpatía ni de afecto.

El mismo Cifuentes recordará más tarde cómo Errázuriz nunca se sintió cómodo con él: «Yo me encontraba aislado en el Gobierno — dice — y lejos de tener guardadas mis espaldas las tenía a merced de cuantos querían herirme.» Llega hasta culpar al mismo Presidente de manejos e intrigas para obligarle a salir pronto de la Moneda. (12)

*

En su pequeño despacho de abogado abierto en la calle de Bandera, un hombre, joven todavía, mide la pequeña estancia con lentos pasos, en espera, sin duda, de algo que le preocupa tenazmente.

Advertido de la visita, no está sorprendido; eso sí, teme que algún tropiezo inesperado pueda acaso frustrar el resultado apetecido.

Esa mañana en el Instituto le habían dicho que su nombre circulaba como posible en la nueva combinación ministerial. Pareció, sin embargo, no dar importancia a ese rumor.

De súbito, detiene sus pasos al oír discretos golpecitos en la puerta, que anuncian al visitante: el Presidente electo ha elegido este sitio apartado para entrevistarse en la mayor reserva con Cifuentes. Los dos tienen aire de conspiradores.

Después de un momento de embarazoso silencio, Errázuriz inicia el diálogo:

—Vengo a ofrecerle el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Nadie está mejor preparado que usted para esas carteras.

—Sí — contesta Cifuentes —, pero justamente el conocimiento que tengo de esos ramos y, sobre todo, el de Instrucción es lo que me impide aceptar el Ministerio.

—No lo comprendo...

—Es que yo quiero la libertad de enseñanza; repruebo el monopolio y, sobre todo, el monopolio minucioso de los exámenes de cada ramo que tiene el Instituto Nacional... Yo no podría ir al Ministerio sólo a firmar el despacho de cajón; yo querría introducir en ese ramo reformas que considero inapreciables para el progreso del país y de seguro

que me estrellaría contra los liberales que hace treinta años son dueños absolutos del monopolio.

—Entonces está salvada la dificultad. Eso lo tengo convenido con los jefes de su partido.

Y luego, como para sondear mejor el terreno, agrega:

—Algunos me han hablado de separar a Diego Barros Arana del Instituto, ¿qué piensa usted?

—Creo que sería una medida odiosa... Para mí la cuestión de personas es muy insignificante... Barros se ha hecho odioso, no tanto por sus ideas irreligiosas, como por el poder absoluto e irresponsable que tiene en la enseñanza, gracias al monopolio de que dispone y a la manera despótica con que ejercita su poder. Suprima ese poder y se calmarán los odios.

—Entonces estamos de acuerdo...

—Si es así lo celebro mucho. En tal caso acepto el Ministerio y le agradezco la honrosa distinción que se digna dispensarme. (13)

*

Cuando termina el conciliábulo, ya las sombras de la noche caen sobre la ciudad.

Cifuentes sale a la calle rebotante de alegría. Por un momento, se desvanece su obsesión de escribir la *Historia de Chile*... ¡Va a ser Ministro!

EN EL MINISTERIO FORMADO PARA INICIAR LA nueva administración, los conservadores contaban sólo con un representante — Cifuentes — cuota que en realidad no los había dejado satisfechos; pero Errázuriz pretendía apaciguarlos con decirles: «Ustedes me tienen a mí que valgo por dos. Connigo y Cifuentes los conservadores tienen tres.» (14)

Naturalmente esta explicación — sin color de seriedad — no podía satisfacer la ambición de predominio del partido católico; sin embargo, no era poca compensación para ellos el hecho de haber obtenido el Ministerio de Instrucción, anhelo insatisfecho desde largo tiempo atrás, y donde esperaban obtener ahora las mayores ventajas.

No pretendían por el momento más que adueñarse de la educación pública, arrojando de ella a Barros Arana, te-

nido como encarnación del genio del mal por los partidarios de la llamada «libertad de enseñanza.»

Ya sabemos como descubrieran para este fin el hombre destinado a destruir los espléndidos resultados obtenidos durante la práctica de diez años de enseñanza científica en los establecimientos nacionales de educación pública.

A este fin, desde tiempo atrás, la prensa conservadora había emprendido la propaganda para hacer ambiente favorable a las reformas educacionales ideadas por Cifuentes.

Se habla con insistencia de la llamada «libertad de enseñanza» que — como dijera el mismo Barros Arana — «en Chile se ha denominado con ese nombre no el derecho de todos para enseñar lo que saben y como lo quieran, puesto que, como no es posible olvidarlo, los mismos que se llaman partidarios de esa libertad, han pretendido muchas veces negar a los protestantes la facultad de dar lecciones públicas. Lo que se quiere es combatir la enseñanza seria, razonada y fundamental.» (15)

Pero además, confundiéndola de intento con la «libertad de exámenes y de títulos profesionales», se atacaba al mismo Estado docente por retener éste en beneficio propio — decían — el monopolio de la enseñanza.

El vehemente ministro no dejará de experimentar retardos en la realización de sus planes demoledores, pues aunque procede con cautela, algo trasciende al público, cuya parte más ilustrada y consciente mira no sin inquietud los resultados de esta innovación.

*

Una vez pasadas las festividades con que es costumbre celebrar el aniversario patrio — ocurrientes en esta oportunidad con los festejos inaugurales de la nueva administración —, Cifuentes, deseando entrar desde luego en campaña, propone al Presidente que de inmediato se acepte llevar a la práctica su proyecto sobre «exámenes libres.»

Errázuriz — más ducho en lides de esta clase — quiere aplazar un poco la reforma educacional que, siendo resistida aún dentro del Consejo de Ministros, traerá, sin duda, complicaciones y tropiezos en la marcha del Gobierno: «Como esta innovación va a chocar con la costumbre establecida desde tantos años, es probable — dice — que despierte mucha oposición y, por lo tanto, vale aguardar que se cierre el Congreso.»

Tiene, pues, que esperar algún tiempo más el inquieto ministro; y todavía, cuando el 15 de enero el Presidente se resuelve a firmar el decreto, advierte a Cifuentes: «No lo publique mañana porque el mismo día se van de veraneo los Amunátegui y Barros Arana, y si ven el decreto en los diarios de la mañana, son capaces de quedarse y venir a molearme la paciencia y formar grande alboroto.» (16)

*

De esta manera queda establecida la «libertad de exámenes», es decir, el reconocimiento y validez de ellos en la

enseñanza privada, cualesquiera que fueran los colegios en que se rindieran dichas pruebas.

Se verán luego los resultados desastrosos de esa resolución suprema.

Apenas dictado el decreto en referencia, brotaron en todas partes numerosos establecimientos de enseñanza privada; de más de alguno — como el «Colegio para hombres de la Purísima» — nunca pudo averiguarse el paradero; pero eso no importaría al hecho efectivo de que se rindieran ahí exámenes válidos de todos los ramos de Humanidades.

Al final de ese año — 1872 — todos presenciaron un espectáculo único y desconocido hasta entonces: el comercio público de cosas que antes nunca se adquirieran sino por medio del estudio, el mérito y el saber. La venta de certificados de exámenes llegó a extremos que alarmaron aún a los mismos patrocinantes del nuevo sistema de «libertad.»

Sin embargo, este desquiciamiento y esta crisis moral de la educación servirán todavía para ir más allá en la conquista de la «libertad de la enseñanza».

Pues bien, se pidió ahora la supresión — por inútiles — de todas esas pruebas parciales para optar a los grados universitarios, dejando reducido todo a una prueba final en que figurarían únicamente conocimientos de carácter literario.

Esta era la coronación de la obra destructora de los opimos frutos obtenidos durante los diez años que alcanzara ya el señor Barros Arana en la dirección del Instituto

Nacional, elevándolo a gran altura después de las reformas introducidas por él. «Cuando las reformas se hubieron realizado — ha dicho uno de sus más ilustres discípulos — nuestro gran plantel de educación adquirió la fama de ser el primer establecimiento de enseñanza secundaria de América, y sus aulas se vieron concurridas por alumnos de todas las Repúblicas del continente.» (17)

Por eso, luego de iniciarse las maquinaciones para destruir ese prestigio — haciendo campaña para que se retiraran aquellos alumnos— el Plenipotenciario de Bolivia dirigió al señor Barros Arana una encomiástica y honrosa comunicación para decirle que sus compatriotas «seguirán como pensionistas internos en los cursos de aquel establecimiento — el Instituto — mientras usted continúe prestando-le la sabia y elevada dirección que ha hecho de él el más hermoso plantel literario y científico de esta joven y afortunada República.»

«Al dar a usted esta prueba inequívoca de confianza — agrega el Plenipotenciario — no procedo solamente de acuerdo con mis sentimientos personales, sino también con los del Gobierno de Bolivia, en cuyo conocimiento obra de tiempo atrás el afecto paternal que usted tiene a esos jóvenes, y los generosos auxilios que les ha prestado.»

Aunque por lo expuesto hayamos podido palpar el ardoroso empeño en destruir todo lo existente, no será todavía lo bastante, pues que el objetivo principal iba encaminado a sacar de la dirección del Instituto a Barros Arana,

en parte, para satisfacer así móviles poco generosos, y también porque comprendían que él habrá de ser obstáculo permanente a las desmedidas aspiraciones que se propusieran realizar.

No era, sin embargo, hacedero el echar así no más a un funcionario de tan altos merecimientos; de suerte que — previamente — se comenzó por preparar el terreno, a fin de emprender el ataque con apariencias fundadas. Y como dijera una vez el notable publicista don Valentín Letelier, «valiéndose de artes abominables, fomentaron los desórdenes en el Instituto Nacional para probar que el más eminente de nuestros educacionistas no sabía dirigir el establecimiento que con sus esfuerzos se había elevado al más alto grado de esplendor.»

El ministro llegó hasta dar acogida a memoriales y solicitudes injuriosas para el señor Barros Arana; a tal punto que éste, contestando un oficio en que se le pide un informe, envía al ministro Cifuentes — el 22 de junio de 1872 — esta merecida respuesta: «Mi dignidad de hombre y de Rector me impiden informar sobre solicitudes calumniosas e irrespetuosas para mi persona y para el puesto que desempeño.»

La respuesta del ministro — al cabo de ocho días — fué una destitución disfrazada de ascenso: «Nómbrese a don Diego Barros Arana — dice un decreto de 1.º de julio — Delegado de la instrucción media en el Instituto Nacional.»

Existía entonces en este colegio una sección universita-

ria a cargo de un Delegado, que dirigía la enseñanza con autoridad independiente del Rector del establecimiento. Ahora se creaba otro Delegado, con iguales atribuciones en la parte destinada a estudios secundarios.

En el Senado se atacó el decreto como ilegal, y se dijo que él había creado en el Instituto un monstruo de dos cabezas.

La verdad es que el Gobierno no tenía el menor interés en mantener el «monstruo»; pero las numerosas protestas de adhesión dirigidas al señor Barros Arana por los injustos ataques de que fuera objeto, determinaron en el ministro, no el propósito de buscar el camino derecho, sino otro que, disimulando sentimientos inconfesables, pudiera conducir al mismo resultado.

El veneno irá, pues, escanciándose poco a poco: el 28 de febrero de 1873, un decreto deja casi sin ninguna atribución al Delegado, y pocos días más tarde — 12 de marzo — otro decreto lo suprime del todo.

Sin embargo, será inútil este último golpe de autoridad para abatir aquella voluntad inflexible que — templada desde muy temprano en la resistencia — nunca abdicará los principios e ideales que formaran desde joven su recia personalidad de hombre y de educador.

LA PIEDRA DE SISIFO

CIFUENTES RECORDARA MAS TARDE QUE ESE decreto — el de 12 de marzo — «cayó como una bomba entre los liberales y radicales, y que Errázuriz se disculpaba con sus amigos liberales y con el mismo Barros diciendo que aquellas medidas sólo se debían a las majaderías del ministro y a las del partido conservador, con quién no le convenía romper, pero que lo tenía desagradado.» (18)

La excitación pública — bastante grande — se exteriorizaba en manifestaciones de adhesión para el destituido y de protestas airadas por la última medida arbitraria e inconsulta tomada por el Gobierno.

Una de estas protestas — en forma de bulliciosa algarada — tuvo lugar frente a la casa de Cifuentes en la noche del 15 de junio. Ahí resultaron heridos por la policía algunos estudiantes de corta edad.

Esta circunstancia dió motivo a una interpelación en la Cámara: «¡Las cabezas rubias — exclamaba el poeta Matta, diputado interpelante —, los ojos cristalinos, los corazones inocentes, convertidos por obra y gracia del ministro de Instrucción Pública, en peligrosos delinquentes, en pavorosos asesinos, en perversos incendiarios!».

El voto de censura fué rechazado, pero pocos días después Cifuentes se retiraba del ministerio.

Esta resolución la había tomado en la misma noche del 15 de junio, en que, estando acompañado en su casa por un hermano del Presidente, le rogó llevarle a éste un recado: «¿Podría usted tener la bondad de decir a S.E. que desde este momento puede disponer de mi cartera, de la que hago renuncia indeclinable?»

Recibió, sin embargo, una respuesta bien extraña: «Dispéñeme, don Abdón, yo no podré hablar con mi hermano tan pronto, porque desgraciadamente yo lo creo cómplice de este atentado.» (19)

*

Después de tan lamentables desastres ocurridos en la educación pública, don Diego Barros Arana — durante muchos años — no había de intervenir ya ostensiblemente en la dirección de la enseñanza. Sin embargo, en su calidad de Decano de la Facultad de Humanidades, continuaría aún

defendiendo su propia obra, amenazada — como estaba — de completa ruina.

La lucha iba a continuar dentro del Consejo Universitario, donde se había organizado un grupo decidido a resistir con firmeza la imposiciones ministeriales.

Barros Arana era el alma de esa resistencia.

Aquella corporación estaba entonces presidida por don Ignacio Domeyko, sabio maestro que, aún cuando no participase de las ideas extremas que sostenían los partidarios de la «libertad de enseñanza», unido a ellos por arraigadas convicciones religiosas, no parecía llano a contrariarlos abiertamente, prefiriendo más bien buscar soluciones intermedias a todos los problemas que se presentaban ahí.

Se discutía — en 1873 — el ya citado proyecto sobre supresión de exámenes, los cuales habrían de ser reemplazados por una prueba única en que no figurarían ramos de carácter científico.

A esto respecto, el Decano de Teología, para reforzar sus argumentos, tomó como base de ellos una curiosa clasificación de los estudios secundarios: «El señor Larraín Gandarillas divide los estudios de humanidades en dos grupos — le decía Barros Arana al replicarle con fina ironía — uno de ramos necesarios para las carreras profesionales, como la Religión, el Latín, la Gramática, la Filosofía y la Literatura; y otros innecesarios para las referidas profesiones y casi de mero adorno, como la Física, la Química, la Cosmografía y la Historia Natural. Y sucede cabalmente

— agregaba — que los estudios innecesarios o menos útiles a juicio del señor Larraín Gandarillas, son los que tienen una utilidad más práctica y una importancia más verdadera en el curso de la vida.»

El proyecto del Decano de Teología había levantado una enérgica protesta entre las demás facultades de la Universidad. Sin embargo, las cosas parecían estar preparadas en forma muy favorable al triunfo definitivo de los partidarios de la «libertad de exámenes»; pero la piedra de Sísifo — que con la destitución de Barros Arana llegara como nunca a su mayor altura — habría luego de caer estruendosamente al abismo.

En efecto, a mediados de aquel año — 1873 — el Presidente Errázuriz Zañartu comenzaba a fastidiarse un poco con las exigencias de sus hasta entonces favoritos correligionarios, llegando a producirse con ellos un divorcio que se tornaría en definitivo e irreconciliable algún tiempo después.

De modo que los resultados de aquella larga discusión en el Consejo, distaron mucho de lo que se hubiera podido esperar algunos meses antes. Barros Arana obtenía así un nuevo triunfo. Y el gobierno, el 10 de enero de 1874, anulaba de un golpe la famosa «libertad de exámenes» establecida en 1872, porque «ha producido malos resultados en la práctica, pues los abusos cometidos al amparo de aquel decreto han comprometido la seriedad de los estudios, contrariando los propósitos del Gobierno.»

Más aún, en septiembre de 1873 — caído ya el ministro Cifuentes — otro decreto declaraba que el estudio de la Religión no era obligatorio en los colegios del Estado.

Esta reforma provocó una protesta colectiva del Arzobispo de Santiago y de todos los obispos sufragáneos.

Había pasado ya — como ascua candente — el auge reaccionario sobre la educación pública, y esta vez sonaba la voz reparadora de muchos agravios e injusticias.

M I S I O N E N E L P L A T A

LA LABOR INFATIGABLE DE BARROS ARANA QUE — con ejemplar modestia — había encontrado un último refugio en una destacada actuación en el Consejo Universitario y en el desempeño — todavía más grato para él — de sus clases del Instituto, iba luego a tener otro nuevo campo de acción en que prestar muy relevantes servicios a su patria.

A mediados de 1876, el Gobierno lo designaba como su Ministro Plenipotenciario en la República Argentina y en el Imperio del Brasil.

Existía por esa época marcada tirantez de relaciones entre nuestra Cancillería y la de Buenos Aires, a causa de haberse producido el año anterior — 1875 — una incidencia bastante molesta. Con motivo de ciertas concesiones que hiciera el Gobierno argentino en terrenos de la Patagonia

— de disputado dominio — el Ministro de Chile, don Guillermo Blest Gana, protestó de esa ocupación en nota dirigida al Ministro argentino de Relaciones Exteriores.

La polvareda que este documento levantó en la prensa y en la opinión de nuestra vecina república no es para descrita; pero con sólo conocer un párrafo de la contestación del Canciller argentino, es fácil juzgar el sesgo desatemplado y amenazante que iba tomando aquel negocio: «El pueblo argentino -- decía el Canciller -- no está habituado, señor Ministro, y no se habituará jamás a que su Gobierno implore el consentimiento de autoridades extrañas para la ejecución de sus leyes, y no era Chile, que sabe el respeto que nos inspiró su independencia, de quién debiéramos esperar que hasta ese punto desconociera los fueros de la nuestra.»

El señor Blest Gana no quiso recibir personalmente esta respuesta y se había largado oportunamente a capear el temporal en Río de Janeiro. Pero ya no era posible su vuelta a Buenos Aires.

En cambio, no pudo haberse elegido con más acierto a su reemplazante: Barros Arana, no sólo por su excepcional preparación en ese arduo problema de límites, sino por las estrechas vinculaciones que tenía con altas personalidades de aquel país, y hasta por su mismo origen — hijo de una señora argentina — era el mejor indicado en este caso para calmar los ánimos, y neutralizar un poco el espíritu bélico de nuestros vecinos de allende los Andes.

«Todo auguraba el mayor éxito a la embajada. La personalidad del señor Barros Arana, justamente apreciada y respetada tanto en Chile como en la Argentina, el caudal de sus conocimientos, el prestigio de una autoridad moral superior puesta siempre al servicio de su patria, todo ello colocaba al diplomático chileno en un plano más elevado que aquel en que se desarrollan de ordinario las negociaciones internacionales. No era Barros Arana un diplomático de escuela, en el sentido de que no acostumbraba a decir una cosa por otra, ni fingir amistades no sentidas u odios simulados. Sabía decir la verdad y buscar las soluciones de justicia; conocía sobradamente el bagaje de los viejos títulos y de los antecedentes históricos en que ha de debatirse la materia de fondo; y llevaba detrás de él la confianza del pueblo, que estaba acostumbrado a seguir sus enseñanzas y a inspirarse en sus luces y en su saber.» (20)

Por eso en el banquete de despedida que le fué ofrecido en Santiago por los elementos más representativos de la política, de las letras y de la sociedad, Altamirano, representante del gobierno, dijo: «El señor Barros Arana no es sólo un ciudadano ilustre de Chile, es un americano eminente. Y cuando el gobierno de Chile envía al señor Barros Arana, con el hecho dice a la república vecina: No creo no puedo admitir siquiera la posibilidad de que no haya otra solución para la cuestión que discutimos que la solución de la fuerza.»

*

En efecto, el señor Barros Arana fué acogido muy cordialmente por el Gobierno, la sociedad y la prensa argentinos. «Buenos Aires tiene el honor de hospedar a este eminente escritor — decía uno de los más importantes diarios de esa capital — que goza de una reputación americana y que es bien conocido entre nosotros por sus trabajos históricos, científicos y literarios. Nombrado Ministro Plenipotenciario en la Argentina, sus antecedentes, su carácter y sus ideas americanas hacen esperar que su misión diplomática corresponda a los antecedentes históricos de ambas naciones, que él ha contribuido a popularizar en sus libros. Hombres como el señor Barros Arana son ciudadanos de la República Universal, que encuentran hermanos y discípulos donde quiera se tribute culto a la inteligencia y se cultiven las ciencias.»

Presentó sus credenciales el 16 de junio de 1876.

El Presidente Avellaneda quiso también entrar en el concierto general de elogios para el nuevo representante de Chile: «Sois, sin duda, por antecedentes que todos conocemos — le dice en el discurso de recepción — uno de los más designados entre vuestros compatriotas para propender a soluciones tranquilas y equitativas en las cuestiones pendientes entre ambos pueblos. Vuestra presencia es para nosotros prenda de amistad sincera, y lo es tanto, señor Minis-

tro, que, reparando en la lealtad de vuestro carácter y de vuestras palabras, aparto por un momento — pero deliberadamente — las impresiones que han producido hechos recientes a fin de que podáis dar inmediatamente principio al desempeño de vuestra misión.»

El señor Barros Arana, aun cuando iniciara bajo auspicios muy favorables su misión diplomática, luego hubo de estrellarse con las desmedidas exigencias de la Cancillería argentina que — descando halagar la exaltación patriótica dominante — pretendía rehuir así la impopularidad que amenazaba a todos los hombres de gobierno.

Muy largas y laboriosas fueron las gestiones precedentes al tratado Elizalde-Barros Arana — enero de 1878 — en que se logra al fin dejar establecido el arbitraje general; pero muy luego el gobierno argentino quiso eximir de él la cuestión relativa al territorio de la Patagonia.

El gobierno de la Moneda tampoco había quedado satisfecho con esta negociación. Barros Arana sostuvo entonces con singular energía — propia de su carácter — la bondad de aquel tratado: «No dudo — decía — que el pacto encontrará quienes lo condenen en Chile; pero estoy seguro de que los patriotas serios celebrarán que se ponga término a esta vida de inquietudes y de que el tiempo justificará a los negociadores.»

Esta predicción había de cumplirse muy luego con la aprobación del pacto Fierro-Sarratea al final del mismo

año, y muy ampliamente después al firmarse el tratado definitivo en 1881.

En esa oportunidad, don Bernardo Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina ha de telegrafiar a don Diego Barros Arana: «En 1876, después de discusiones serenas y detenidas, inspirándonos en sentimientos equitativos y generosos, concertamos con usted las mismas bases que han constituido el tratado de julio. El tiempo, la reflexión y la esterilidad de todos los pronósticos posteriores, han sancionado al fin la fórmula a que usted dió en su país hace seis años la influencia respetada de su nombre.»

En todo caso, dadas las circunstancias excepcionales por que atravesaba Chile en vísperas de un conflicto armado — en que la misma Argentina estuvo a punto de participar — la actuación conciliadora y moderada del señor Barros Arana consiguió disminuir la efervescencia bélica de un pueblo que nos era manifiestamente hostil en los momentos mismos en que corrábamos el mayor de los riesgos, haciendo frente — mal apercibidos — a nuestros implacables y turbulentos vecinos del Norte.

*

Los enemigos de Barros Arana, con verdadero encarnizamiento y no poca mala fe, han querido echar sobre él — si no toda — gran parte de la responsabilidad en los fra-

casos habidos durante el pleito de límites con la Argentina; y para esto han llegado hasta inventar que la Patagonia se perdió para Chile debido a que la descripción errónea y desfavorable que de esa región hiciera el sabio chileno en su maravilloso texto de Geografía Física, contribuyó a debilitar la defensa de nuestros derechos. Y tal empeño gastaron en esta campaña difamatoria, que han conseguido inculcar y generalizar hasta hoy día esta creencia.

Sin embargo, la verdad es muy otra: desde luego, no hay error geográfico en la pintura hecha por Barros Arana en su libro, pues ella se refiere con mucha claridad a la Patagonia como continuación de las pampas hacia el sur.

Ahora bien, entre esas llanuras estériles y los espesos bosques que caen al Pacífico existe una zona notable por su clima y la feracidad de su suelo: ese valle es la Patagonia occidental, que los tratados de 1878 y de 1881 reservaron íntegra para Chile.

Con plena justicia ha podido decir un distinguido escritor — Alberto Edwards — que no puede tachársele de parcial: «Esa faja intermedia es la joya de la Patagonia. Ganada por Chile, como lo estuvo por la letra y el espíritu del tratado de 1881, habríamos tomado la parte del león en la transacción del viejo pleito.

«La lástima es que años más tarde, en plena paz y victoriosos de nuestros adversarios del norte, perdiéramos mucho más de lo que entonces perdimos.

«Y no fueron ni Barros Arana ni los ideólogos ameri-

canistas del siglo XIX los responsables de esta última y más sensible pérdida, sino el desgobierno, la inercia libertaria en que, poco a poco habíamos ido cayendo.

«Mientras aquí nos divertíamos en el deporte de las crisis ministeriales, jugando al parlamentarismo de estilo británico o francés, la República Argentina, bajo un gobierno fuerte, empapado en el sentimiento nacional, fué tomando poco a poco posesiones en el terreno en disputa y ganando una victoria diplomática tras de la otra.

«Barros Arana nunca fué un desnacionalizado ni tampoco influyeron en su conducta sus vinculaciones argentinas, como lo prueba la vehemente y casi agria defensa que le cupo hacer de los derechos de Chile en su carácter de árbitro, cuando el conflicto suscitado por la interpretación del tratado de 1881.»

El mismo autor advierte, con sobrada razón, a uno de esos apasionados impugnadores, cuán útil e instructivo sería «recordar también los que contribuyeron o pudieron contribuir a la pérdida de la bella Patagonia del *divortium aquarum* harto más rica y valiosa que las estériles llanuras tan bien descritas por Darwin y Barros Arana». (21)

L A O B R A M A X I M A

ANTES DE VOLVER A LA PATRIA, EL SEÑOR Barros Arana deseó hacer una excursión de estudio por Europa.

Se había propuesto continuar reuniendo ahí — como durante su primer viaje en 1859 — los documentos que aún le faltaran para afrontar en definitiva su empresa de mayor esfuerzo e investigación: la *Historia General de Chile*.

En esas actividades vino a sorprenderle la noticia de nuestra ruptura con las repúblicas del Perú y Bolivia.

Más de alguna misión confidencial le cupo desempeñar entonces, asociado a un amigo y compañero de letras, el Ministro chileno en París, don Alberto Blest Gana, nuestro conocido novelista.

Entre los encargos de importancia que cumpliera por indicación del Gobierno de Chile, puede citarse un libro de

propaganda destinado a circular en el extranjero, *Guerra del Pacífico*, que apareció en París, en 1880, traducido al francés. Naturalmente, este trabajo, siendo obra de circunstancias, no puede tener al presente el valor de otros suyos de mayor aliento y empeño.

*

Su permanencia allá no fué larga; pero esta vez — al volver a Chile — no vendrá como en lejanos días, a desempeñar un puesto directivo en la enseñanza pública, sino que — salvo sus clases del Instituto — iba a entregarse por entero a su tarea favorita de escritor.

Pasando ya la línea de los cincuenta años, en realidad no podía hacerse grandes ilusiones de llegar a término en el vasto plan de trabajo trazado por él anticipadamente. Pero, como hubiera de recordarlo después, sirviéronle entonces de norma y estímulo las palabras de un ilustre sabio que — a las puertas de la vejez — emprendiera también una obra monumental: «El que quisiere hacer un empleo serio de la vida — dice Littré — debe obrar como si tuviera largo tiempo que vivir, y arreglarse como si hubiere de morir próximamente.»

*

Comienza a escribir las primeras páginas de su *Historia* en septiembre de 1881. Serían 18 años de labor asidua

y constante, en los cuales no habrá óbice que consiga interrumpirla. Durante ese largo tiempo — aun atendiendo trabajos trascendentales que le encomendara el Gobierno — él escribirá por lo menos una o dos páginas cada día.

Nada de secretarios — expediente socorrido de muchos — sino que solo, irá acumulando en esas largas filas de hojas, con su misma letra menuda y fina, todo aquel arsenal de ciencia, de saber y de prolija investigación, madurado concienzudamente en un período de tiempo mucho más extenso todavía que el que ocupara en su redacción.

Acaso el dolor más acerbo de su vida — la trágica muerte de su hijo único en 1883 — pudo tronchar para siempre aquella voluntad fuerte, y extinguir la llama de su espíritu; pero de la misma amargura surgió como un nuevo incentivo para mantener la fuerza poderosa de su actividad intelectual.

Además tuvo otra compensación en tan enorme desgracia, otro cariño entrañable, su sobrino, Manuel Barros Borgoño, esperanza entonces y realidad después, segado también en todo el vigor de los mejores años, y cuando ya — en 1903 — el tío venerable comenzaba a doblegar sobre la fría almohada su frente pensativa.

Sólo en dos ocasiones — a causa de graves dolencias que le mantuvieron postrado — hubo de suspender en el curso de algunas semanas aquella tarea diaria y constante.

Desde 1884, año en que aparecieron impresos los tres primeros volúmenes, hasta 1899 en que escribiera las últi-

más páginas de su obra, uno a uno irán desfilando por la imprenta — en número de diez y seis — los nutridos tomos de su *Historia*.

«Este trabajo incesante — ha dicho el mismo Barros Arana — que podría parecer en exceso monótono y abrumador, ha sido para mí el más grato de los pasatiempos, el alivio de grandes pesares, y casi podría decir, el descanso de muchas y muy penosas fatigas.»

No es del caso analizar en estos ligeros apuntes el mérito literario de una obra tan extensa; pero, más que la opinión de sus admiradores, podría ella apreciarse con mayor exactitud, oyendo las palabras con que un apasionado crítico conservador juzga a su adversario: «Barros Arana ha llevado a cabo el estudio atento y minucioso de los documentos y de los hechos, ha establecido definitivamente la verdad de ellos, en su mayor parte por lo menos, y ha echado los cimientos de la historia filosófica... Lo que hay que admirar en todo esto es, no sólo la labor inmensa de la investigación, sino la limpieza y claridad con que está expuesta. Hay perfecta y completa armonía entre la concepción y la forma de su *Historia General de Chile*. Esto sólo basta para clasificarla de excelente en su especie.» (22)

Por otra parte, nadie es más parco en estas apreciaciones que el propio autor, quien al publicar el último tomo en 1902, se expresa así en su *Conclusión*: «Aunque disto mucho de creer que he producido una obra de mérito

grande y duradero, es incuestionable que ella es la más completa y más estudiada que existe con este título; y que, por lo tanto, he prestado un servicio no despreciable a mi patria presentándole en una forma clara y ordenada los anales de la vida y del desenvolvimiento de nuestra raza durante tres siglos. Cualesquiera que sean los defectos que se señalen a mi libro, y la carencia de tales o cuales condiciones de historiador que pueda reprochárseme, tengo la firme confianza de que toda persona de cierta cultura que ahora o más tarde lea algunos capítulos de este libro, reconocerá que yo he buscado siempre la verdad, que no he ahorrado diligencia ni sacrificio para descubrirla, y que la he consignado con tanta franqueza como lealtad. En trabajos de esta clase no hay lucro posible que compense al autor la labor perseverante de muchos años, y los sacrificios de todo orden que impone. Estas obras se emprenden bajo el influjo de otros móviles, por satisfacer una necesidad del espíritu, por procurar a éste una ocupación noble y honrada y una distracción contra las miserias y dolores de la vida, y por el deseo de hacer algo útil, aunque no sea debidamente apreciado.

»Sin embargo, mi historia ha recibido una recompensa que ha debido sorprenderme. Conociendo de sobra que un libro de la naturaleza del mío no puede ser en manera alguna popular, yo, si bien no podía dejar de recibir con agrado la aprobación discreta de los pocos hombres aficionados a este orden de estudios, no debía pedir nada a la

opinión general. Esta, a pesar de todo, me ha favorecido en el país y en el extranjero, con manifestaciones de aprobación que estaba lejos de esperar, y que habrían debido satisfacer una ambición más alta que la mía. Al escribir estas páginas a una edad en que no solicito sino paz y tranquilidad, debo sin embargo terminarlas expresando mi reconocimiento por esas muestras de aprobación.»

Y como ha dicho uno de sus biógrafos: «Dispareja y desproporcionada, excesiva en sus dimensiones, la *Historia General de Chile* es, sin embargo, la obra mejor lograda de nuestra historia literaria del siglo pasado, monumento indestructible de investigación y de trabajo, orgullo de Chile, y pedestal perdurable que sostendrá el nombre de Barros Arana a través de las generaciones.» (23)

EN 1836, DON JOSE MANUEL BALMACEDA SUBE a la Presidencia de la República animado de un espíritu esencialmente progresista e innovador.

Desde luego, en la enseñanza pública se hacía necesaria una completa transformación; pero tratándose de un problema de tanta trascendencia, era preciso proceder con calma: se iba a implantar el sistema concéntrico en la segunda enseñanza.

El ministro don Pedro Montt, iniciador de la reforma al comienzo del nuevo período presidencial, había presentado con este objeto un proyecto al Consejo de Instrucción Pública. Ahí se discutió concienzuda y ampliamente, aportando las mayores luces en el debate don Diego Barros Arana, que ocupaba entonces el cargo de Decano de la

Facultad de Humanidades. Presentó con este objeto un plan general para hacer variable en la práctica la adopción del nuevo sistema, y el Consejo lo aprobó por unanimidad.

La reforma, que alcanzó a recibir la sanción suprema por decreto de 10 de enero de 1889, no llega, sin embargo, a implantarse tan luego, porque no durará mucho la bonanza durante esa administración verdaderamente bien inspirada, en que Balmaceda quería el mayor bien posible para su país.» (24)

La herencia presidencial será la manzana de la discordia en el partido liberal, donde muchos de sus prohombres se creen con derecho inalienable a esa prebenda. Por otra parte, el propio Presidente de la República no parece echar en olvido la facultad consuetudinaria de elegir él mismo al candidato; y como algunos se sienten defraudados, comienza entonces en el partido una escisión que cada vez tomará mayores proporciones.

Mientras tanto, fuerte mayoría formada en el Congreso hace franca oposición al Presidente Balmaceda, quien — a su vez — resiste las imposiciones del parlamento en forma franca y decidida, llegando a crearse de esta manera un serio conflicto entre ambos poderes.

Los partidos políticos más antagónicos y heterogéneos — unidos ahora para organizar la lucha — buscan apoyo en la opinión, haciendo gran propaganda por medio de la prensa y promoviendo agitaciones que amenazan alterar el

orden público. Esta circunstancia mueve al Gobierno a dictar una ordenanza que reglamenta y restringe el derecho de reunión.

Los ánimos se enardecen aún más, y ya en los últimos meses de 1890 circulan siniestros rumores agoreros de una recia tempestad.

Barros Arana, como en sus mejores años — cuenta ahora sesenta — abraza lleno de entusiasmo la causa revolucionaria, sin que el carácter de alto funcionario público — perito en la cuestión de límites con la República Argentina — sea óbice en momento alguno para tomar parte ostensible en todos los actos realizados en contra del Gobierno por los partidos de la oposición.

*

El domingo 19 de octubre, en el Teatro Santiago — situado entonces en la calle de Dieciocho — hay gran comicio concurrido por los más notables elementos adversos a la política presidencial.

Atmósfera preñada de presagios. Oratoria abundante, apasionada, violenta.

Entre otros muchos, Barros Arana se hace notar por la acritud y valentía con que expresa su pensamiento: «Si no sirvo — termina su discurso — para montar a caballo y combatir, os puede asegurar éste que llamáis viejo maestro que no volverá caras y que seguirá siempre su camino sin

desmayo y desaliento, pues está persuadido de que el triunfo es de los que luchan en defensa de la justicia y del derecho.»

La represalia gubernativa no se hace esperar: el 26 de diciembre un decreto declara a Barros Arana destituido del puesto de perito.

*

Eliminado en esta forma arbitraria e ilegal de las funciones de perito y terminadas las labores docentes en el Instituto, hubiera preferido desde luego trasladarse a su quinta de veraneo en San Bernardo, lugar particularmente grato para él y favorable al estudio y redacción de su gran *Historia*; pero en esta emergencia no podrá contar allá con el ambiente apacible de otras veces, porque las inquietudes precursoras de la revuelta son motivo permanente de zozobra en su hogar.

Resuelve mejor no abandonar su domicilio de la calle de Dieciocho, a fin de mantenerse ahí en observación del seguro alarmante que toman los sucesos en la capital.

Se habla con insistencia de un pronunciamiento militar de la guarnición de Santiago. Sin embargo, pasa el tiempo y nada ocurre que justifique esa alarma.

La mujer de Barros, ardorosa partidaria de los revolucionarios, parece desalentada, no obstante su espíritu varonil y resuelto; pero muy luego, en la mañana del día 7 de

enero — casi al alba — pone en alboroto la casa al despertar a gritos a su marido:

— ¡Diego!... ¡al fin!... ¡Todavía quedan pantalones en Chile!

— ¿Qué sucede, Rosalía?

— Nada menos que la sublevación de la escuadra en Valparaíso, encabezada por Jorge Montt. En este instante ha venido Gaspar Toro a traernos la noticia.

El levantamiento se ha producido a las 2 de la madrugada. Pocas horas después, conocido el hecho en la Moneda, causa ahí no poca extrañeza.

Más tarde — cual reguero de pólvora — la nueva se extiende en la ciudad, mientras el telégrafo la transmite a través del territorio como si fuera un trueno anunciador de la más recia tempestad.

*

Al momento comienzan también las órdenes para apresarse a los cabecillas de la revolución. Naturalmente, Barros Arana será de los primeros.

Sin embargo, sucede algo no previsto: como muchos de los funcionarios encargados de la ingrata misión, han sido alumnos de don Diego en el Instituto, ellos mismos se apresuran a darle seguridades de que no le molestarán, siempre que simule estar oculto, porque así, en la necesidad

de complacer a las autoridades dictatoriales, tendrán el recurso de allanar su casa de San Bernardo, como en realidad lo hacen después en más de una ocasión.

Muy luego, sin embargo, ya no es posible continuar esta comedia, y entonces debe esconderse de veras.

Con el nombre supuesto de Pedro González, sucesivamente le tienen como huésped oculto varias familias distinguidas, en apariencia gobiernistas o neutrales. Hasta su retiro llega — abultado muchas veces — el eco de los padecimientos y persecuciones de que son objeto miembros de su familia y numerosos amigos. Lleno de amargura, escribe a un deudo cercano: «Dígale a la Elisa ⁽²⁵⁾ que recibí su carta, que ésta me ha partido el alma haciéndome más aborrecible la situación actual; que no tengo valor para escribirle, pero sí fe para esperar que estas desgracias no han de ser de larga duración.»

Pero, en definitiva, también se hace necesario huír de la ciudad.

Su yerno, Jorge Valdivieso Blanco, se encarga de organizar la fuga: en el momento de tomar el coche, don Diego tiene la sorpresa de encontrar como compañero de viaje al coronel Ortúzar, que permanece aún en el ejército balacedista.

—¿Cómo — le dice don Diego —, usted aquí?

—Somos de los mismos — le contesta Ortúzar, estrechando la mano de su antiguo maestro.

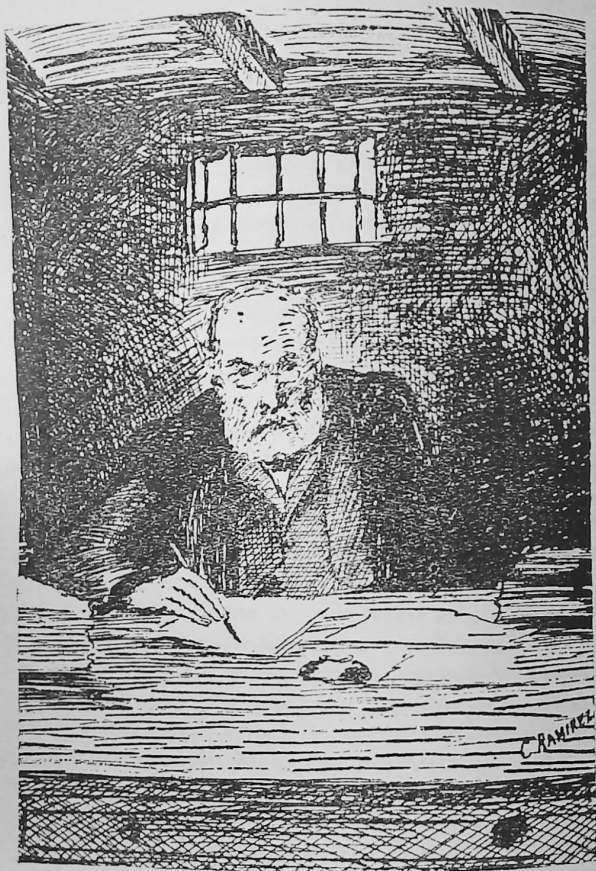
Precisamente se ha buscado la cooperación de este militar para que sirva de salvoconducto.

—El coche — que la presencia del coronel hace invulnerable — parte luego a escape por la calle de Santo Domingo arriba, perdiéndose muy pronto en la penumbra brumosa de esa tarde otoñal.

*

Muy alto, en la iglesia de la casa conventual que los frailes dominicanos poseen en su rica estancia de Apoquindo, y medio oculto en la base misma de sus torres, no poco costará descubrir un destartado gabinete de estudio puesto ocasionalmente en ese lugar como buscando de propósito mayor soledad y aislamiento donde escapar al ambiente caldeado de la revolución.

Ahí, entre mamotretos de documentos e inclinado sobre amplia pero tosca mesa, un personaje de larga y escueta figura, de grises y enmarañadas barbas, va llenando con menuda letra numerosas carillas de papel. Tiene más bien aspecto de conspirador, y a todas luces, nada de común con la congregación religiosa: es Barros Arana, que hallándose en manifiesto entredicho con la autoridad — como ya hemos visto —, anhela encontrar en ese apartado asilo seguro refugio a la tenaz persecución de los agentes del gobierno ávidos de apresarlos, lo mismo que en 1858 los del Presidente Montt.



APARTADO ASILO

Le ha brindado simpática hospitalidad un amigo suyo, Fray Raimundo, prior ahora del convento, y que muchos años después será el quinto arzobispo de Santiago con su verdadero nombre: Crescente Errázuriz.

La campana, que en ese instante llama a los novicios de la orden a la última recreación matinal, suspende también la diaria tarea del improvisado huésped en el momento de dar éste los postreros toques de redacción al tomo XI de su Historia General, que publicará luego al término del año.

Allá abajo los tibios rayos de un sol de agosto reverberan entre los añosos árboles que cubren el amplio patio donde juegan los muchachos del noviciado.

Don Diego, que en toda circunstancia y por sobre todo, le guía su natural inclinación de educador, ha dejado la pluma a trueque de un rato de esparcimiento junto a la turba bulliciosa y retozona.

Su aparición pone término como por encanto a la prolongada algarabía; y luego, ya silenciosos los chiquillos se agrupan a fin de escuchar mejor la palabra animada y locuaz del maestro.

Si alguno de espíritu pacato le sorprendiera en charla con tales discípulos, no dejaría de sentir cierta inquietud: al par que, siendo libre pensador a modo del propio conferencista, no fuera menos su extrañeza si le oyera hablar a los chicos con notable unción de la vida y milagros del santo del día...

Quando se dispersa el embelesado corro, Fray Raimundo, testigo constante de la cotidiana escena, llega hasta donde su amigo y le pregunta con asombro:

—¿Cómo puede usted, sin tener aquí libros de consulta, referir con esa prolijidad y lujo de detalles un sinnúmero así de vidas de santos?

—Muy fácilmente: mi padre, que era fervoroso católico — siendo yo todavía un niño —, me hacía leer todos los días el *Año Cristiano*. Desde entonces me sé de memoria esas biografías de santos del calendario romano.

Así, pues, siguiendo siempre sus actividades favoritas transcurren las horas grata y apaciblemente para él durante este corto período de su vida; hasta que las campanas del convento echadas a vuelo en la mañana del 29 de agosto anuncian el triunfo de los opositores y la caída del Presidente Balmaceda.

LUEGO DESPUES DEL TRIUNFO DEFINITIVO DE las fuerzas constitucionales — así llamaban a las que combatían al Gobierno — vuelve Barros Arana a reanudar sus actividades favoritas, las de educador.

Al mismo tiempo comenzaba también a ejercer las funciones de perito, pues la Junta de Gobierno — como acto de reparadora justicia — se había apresurado a derogar el decreto que le destituyera algunos meses atrás: «Cree la Excm. Junta — reza una comunicación dirigida al Sr. Barros Arana el 10 de septiembre — que el llamamiento de V. S. al puesto de inteligencia y de confianza que desempeñaba hasta el 26 de diciembre pasado, tiene una significación tanto más elevada cuanto que aquel acto (la destitución) fué el precursor del régimen autoritario por que atravesó el país durante ocho meses.»

En efecto, desde 1890 ejercía el cargo de Perito de Chile en la aplicación del tratado de límites con la República Argentina.

Siempre hubo de tropezar ahí con toda clase de estorbos en el desempeño de sus funciones, a causa no sólo de la política vacilante del Gobierno y de los frecuentes cambios ministeriales, sino también de la ingerencia — en este negocio — de políticos carentes, por lo general, de toda preparación para resolver un problema de tal naturaleza y entidad.

El mismo escribirá después a este respecto: «Necesité desplegar más porfía que una mula vizcaína para rechazar ingerencias y torpezas que casi no quisiera recordar.»

Había, pues, que tener una cabeza y una voluntad como las suyas para resistir asechanzas de toda especie, y muchas de ellas veladas bajo la forma de un halago que — en otro — acaso hubieran hecho nacer el humo insano de la vanidad.

Así, en conferencia de 15 de abril de 1893, como el Perito chileno declarase terminantemente que jamás firmaría acta o documento alguno que no creyera ajustado en absoluto a los tratados vigentes, Quirno Costa, perito argentino, le dijo estas palabras: «Hablemos claro: ni yo ni mi compañero — Virasoro — tenemos en nuestro país influjo para hacer aceptar nuestras opiniones. La situación del señor Barros Arana es muy diferente. El goza en Chile de un prestigio ilimitado, comparable sólo al que tiene en la Re-

pública Argentina el general Mitre: y lo que él resuelva y lo que él haga será aprobado y aplaudido por el pueblo chileno.»

No produjo este incienso el efecto buscado por el representante argentino: «Ni yo ni nadie — replicó Barros Arana — tiene en Chile el influjo ni el prestigio que se me atribuye: y si por algún acaso llegara a cometer un acto como el que ahora se me pide, la opinión pública sería inexorable para condenarme y para declarar la nulidad de lo que hubiera hecho. Pero quiero suponer, por vía de hipótesis, que tuviera ese prestigio de que se habla, y pregunto: ¿puede exigirse o insinuar siquiera que hubiera de ejercitarlo para dañar a mi país? Porque yo creo y sostengo que la modificación de la base de la demarcación fijada por el tratado de 1881 importaría mucho más graves males que la simple cesión de algunas leguas de territorio. Ella nos dejaría sin una regla clara y segura para adentrar y llevar a cabo la demarcación; importaría crear miles de miles de dificultades, que harían imposible la ejecución del trabajo que se nos ha encomendado; tendríamos litigio para muchos años y quizá para siglos.» (26)

Esta réplica enérgica y franca, quitando desde luego al Perito argentino toda esperanza de alcanzar sus pretensiones, no dejó a Quirno Costa otro camino más expedito que ganar la voluntad del Ministro Isidoro Errázuriz, a quién consideraba más asequible. En efecto, éste no tuvo inconveniente en acceder a que la discusión siguiera por vía diplo-

mática, con prescindencia de Barros Arana, que «era porfiado e intratable.»

Sin embargo, el Presidente de la República don Jorge Montt — con más visión del verdadero interés nacional y como muestra de confianza al perito chileno — no quiso aceptar ese procedimiento, y ordenó tratar el asunto en Consejo de Ministros, y precisamente con asistencia del señor Barros Arana.

Ahí fueron rechazadas por unanimidad las proposiciones argentinas. Sin duda que este fuera el origen de la inquina que los comisarios argentinos tomaran al Perito chileno, «considerándome — como dirá él más tarde — el principal si no el único adversario de sus pretensiones.»

Quirno Costa llegó hasta la indiscreción, insinuando en aquella época muy claramente al Gobierno la conveniencia de separar a Barros Arana, a quién le parecía tan extraño quisiera mantener en su puesto un Ministerio conservador.

*

El 30 de marzo de 1895, el Perito chileno publicaba en Santiago una extensa exposición sobre la controversia de límites, encaminada a rebatir la nueva teoría argentina de las «altas cumbres» inventada *ad hoc* para eludir el cumplimiento del tratado de 1881, que ya no satisfacía las ambiciones siempre crecientes de nuestros inquietos vecinos de allende los Andes.

«La solidez de su erudición, la fuerza persuasiva de la argumentación, la incommovible firmeza de la doctrina geográfica sostenida, ilustrada por todos los antecedentes de las negociaciones diplomáticas, dieron a este documento — afirma don Ricardo Donoso — un alcance y una trascendencia decisivos.» (27)

El Ferrocarril, comentando editorialmente, decía entonces: «Es una patriótica satisfacción que la defensa de los intereses de Chile esté en manos que hacen cumplido honor a su confianza: y que el perito chileno, desentendiéndose de provocaciones y de ofensas que no pueden alcanzar hasta él, mantenga en la discusión ese tono digno y elevado que abona y realza la causa que sostiene.»

No sólo la opinión pública nacional, sino también los elementos oficiales de la República aplaudieron y aprobaron con entusiasmo aquella serena y levantada defensa de nuestros derechos.

ENTRE MIS RECUERDOS DE ESTUDIANTE, ACASO el más vivo sea el de aquel primer día de clases en el Instituto Nacional, al reabrir este colegio sus puertas una vez extinguidas las últimas horas aciagas de la revolución.

Era una mañana de octubre: vibraban aún en la atmósfera las ardientes pasiones de aquella guerra fratricida. Los alumnos, participando del ingrato ambiente, reanudaban las tareas escolares no sin cierta inquietud y con nerviosa curiosidad de ver a los nuevos profesores. Resultaron, sin embargo, ser en su mayoría los mismos destituídos por el Gobierno al comienzo del conflicto. Yo no les conocía; pero algunos muchachos los señalaban por sus nombres, a medida que iban desfilando por el viejo claustro del establecimiento.

De pronto alguien exclamó: ¡Don Diego! en los instantes mismos en que aparecía un caballero ya anciano, de aspecto venerable y que aventajaba en estatura — luego supe que también en sabiduría — a todos los demás profesores.

—Cómo, ¿no le conoces? — me dijo un compañero. — Es el historiador Barros Arana, Decano de la Facultad de Humanidades y actual perito de Chile en la cuestión de límites con la República Argentina...

Las manifestaciones de extrema y respetuosa deferencia con que fuera acogido por todos, me hicieron comprender desde luego la situación verdaderamente excepcional alcanzada por ese hombre, que se me ocurrió extraordinario. — Transcurrido algún tiempo, me cupo en suerte ser discípulo suyo en las clases de Literatura y Geografía Física; y no mucho más tarde llegué también a conocerle en el trato íntimo durante sus últimos años. Pero ya fuese allá en la cátedra o acá departiendo familiarmente, don Diego Barros Arana, por sobre todo, era siempre el maestro de la juventud, ese maestro que no espera asistir al aula para dar lecciones, porque enseña en todo momento y en toda circunstancia, lo mismo con los actos que con la palabra.

No es extraño, pues, que Barros Arana volviera con placer a reanudar sus labores docentes, y en muy poco tiempo más, no ya cómo profesor, o como simple consejero, sino en el puesto directivo más alto que existía en aquella época.

Así, muy pronto — el 2 de julio de 1893 — el Claustro

Pleno lo elige Rector de la Universidad de Chile. «Merced a un movimiento incontenible del profesorado universitario — dice don Valentín Letelier — reaparece a la cabeza de la enseñanza nacional con el propósito de perfeccionar su obra.»

«Hacia aquel año — agrega — el maestro había ya cumplido los sesenta, esto es, había llegado a una edad en que por lo común el espíritu del hombre se muestra rebelde a la asimilación de nuevas ideas y a la realización de nuevos progresos. Pero con sus actos, él probó bien pronto que ni los años ni los contrastes habían debilitado su energía para adelantar la obra del progreso ni su inteligencia para comprender las nuevas necesidades de la enseñanza pública.» (28)

De manera que apenas ocupa el rectorado universitario hace sentir su impulso vigoroso: programas, horarios, todo se transforma para servir eficazmente al nuevo sistema puesto en vigencia.

Desde 1890 estaba pendiente la reforma educacional aprobada entonces por el Gobierno. Ahora se llevaba a la práctica, bajo la inmediata dirección del Rector de la Universidad, quien personalmente revisó en conjunto — para armonizarlos — todos los nuevos programas destinados a los estudios secundarios.

Al mismo tiempo se propende al mejoramiento del profesorado, atendiendo con preferencia a la práctica de los últimos métodos de enseñanza, que profesores alemanes — traí-

dos con ese objeto — se encargarían de generalizar dentro de la aplicación del sistema concéntrico.

En una palabra, la educación pública — como en lejanos días — vuelve a sentirse en sus manos animada de un soplo fecundo de vida y de rejuvenecimiento. Hasta en la hora actual, no obstante los cambios de nombres en lo existente, y las repetidas alteraciones de orden administrativo que se han hecho sentir en los últimos tiempos, en el fondo, nada ha conseguido reemplazar a lo que estableciera aquella última y positiva reforma educacional.

EN 1896 SURGE PARA DON DIEGO BARROS ARANA un nuevo adversario, que dentro del ambiente ingrato de la política en aquella época, hubo de ser propicio a la implacable enemiga desencadenada sobre el viejo y venerable maestro.

La lucha era reñida, pues se disputaban el triunfo en la próxima elección: presidencial dos bandos enteramente opuestos: *alianza liberal*, el uno; *coalición conservadora* el otro.

Barros Arana se abanderiza con entusiasmo en el primero.

En asamblea de notables, la combinación de partidos llamada *alianza liberal* proclama candidato a la Presiden-

cia a don Vicente Reyes, político de acentuadas tendencias radicales.

El bando opuesto — *la coalición* — designará también su candidato en otra asamblea semejante. Ahí, el de mayor prestigio y con más probabilidades de triunfo, es don Eulogio Altamirano. Don Federico Errázuriz Echaurren, que figura además entre «los posibles», aparece ya como vencido por su afortunado contendor.

Algunos íntimos corren entonces a advertir el peligro al señor Errázuriz. Este, después de oírles con burlona sonrisa, abandona la sala un instante para volver en seguida con un atado hecho de un gran pañuelo multicolor de los que usaban en aquel entonces los guasos.

— ¡Aquí tengo yo a la Convención! — les dice, levantando con su puño apretado el bulto relleno con numerosos poderes otorgados por convencionales de provincia, y que — por sí solos — constituyen la gran mayoría en la Convención próxima.

Días después, al celebrarse dicha asamblea, todos los presentes creen asegurada la proclamación de Altamirano, mientras el resultado del escrutinio no diera la inesperada sorpresa del enorme triunfo obtenido en la votación por el candidato Errázuriz Echaurren.

Los pocos convencionales partidarios suyos — asistentes al acto — han conseguido este resultado, multiplicándose al votar con los poderes que cada uno extrajera oportunamente de aquel famoso atado de marras.

Hay períodos en la Historia que se repiten con sorprendente similitud, no sólo por los hechos mismos y los móviles que pudieran darles origen sino aún por las personas que actúan en ellos.

En 1896, la combinación política que lleva a la Presidencia de la República a don Federico Errázuriz Echaurren es igual a la que — en 1871 — exaltara a su padre, don Federico Errázuriz Zañartu. Y en cuanto a las exigencias de los partidos y del medio en que aquellas han de cumplirse, resultan del todo semejantes: en 1871, desde el puesto de Rector del Instituto Nacional, dirige la enseñanza pública, don Diego Barros Arana; ahora — un cuarto de siglo más tarde — él mismo se encuentra a la cabeza de ella, ejerciendo el rectorado de la Universidad. En esta ocasión, como en la otra, los conservadores se proponen también acabar para siempre con el aborrecido adversario, entronizado una vez más en la directiva intelectual de la juventud. Y en esta oportunidad tiene una situación mucho más espectable aún, porque pudiera decirse que preside los destinos del país, desde dos cumbres: jefe de la enseñanza y Perito de Chile en el pleito de límites con la República Argentina.

La nueva partida en juego ha de adquirir aún mayor encarnamiento que las anteriores.

Además, el terreno está preparado con antelación. Así como aquel funesto decreto de 1872 estableciera la «libertad

de exámenes», en 1893, una ley llamada de «colación de grados» crea en cierto modo la «libertad de profesiones». Su autor es el mismo del decreto de 1872, ministro entonces y senador ahora.

Pero esta ley no tendrá aplicación, porque va a estrellarse en el Consejo de Instrucción Pública, donde Barros Arana la obstruye en forma enérgica y resuelta.

La lucha queda, pues, empeñada aún antes de iniciarse la presidencia de Errázuriz Echaurren. Este, como su padre en 1872, ha de tener luego oportunidad de satisfacer sus compromisos electorales, arrojando de la Universidad al temido Rector, que — para el caso — cumplirá oportunamente en pocos meses más su período legal.

El claustro pleno — a fines de junio de 1897 — reelige a Barros Arana, quien, por gran mayoría, ocupa el primer lugar en la terna. Así manifestaba en forma elocuente su voluntad aquella docta asamblea, y siempre, hasta entonces, fué costumbre invariable el respetarla. Los intereses políticos del momento, atropellando esa noble tradición, despojaron a don Diego Barros Arana, de su alta investidura, para darla ocasionalmente a don Osvaldo Rengifo, que había sido designado en segundo lugar. Con un gesto de suprema hidalgía y gratitud hacia el sabio maestro, Rengifo renuncia en forma indeclinable.

Reunido nuevamente el 8 de agosto el claustro pleno, confirma la designación primera de Barros Arana. Esta vez,

el Presidente de la República nombra al que ocupa el tercer lugar en la terna, el doctor San Cristóbal.

Aquí había de terminar por el momento el innoble juego, pues el mismo don Diego pide al recién nombrado que acepte el puesto.

En otro tiempo, cuando Barros Arana, siendo Rector del Instituto, fuera destituido, una juventud brillante y numerosa le había hecho en la noche del 12 de noviembre de 1872, una espléndida manifestación de desagravio; ahora recibe también un alto y significativo homenaje, único en los anales de la Universidad de Chile: el Consejo de Instrucción Pública acuerda por unanimidad — el 23 de agosto de 1897 — colocar en la sala de sesiones de esa corporación, el busto en bronce del egregio Maestro y eminente Rector.

Aunque el objeto principal de la campaña reaccionaria estaba cumplido con haber hecho salir a Barros Arana de la dirección de la enseñanza, no por eso quedarían satisfechas todas las aspiraciones de sus enemigos, y era menester esta vez atacarlo en el último reducto, en el puesto de Perito.

Pero no se presentaría ahora tan expedita la nueva campaña de invectivas destinada a conseguir el alejamiento definitivo del odiado adversario, pues, mientras éste contaba ostensiblemente con la confianza de todo el país, la opinión

pública se había manifestado recelosa y hasta agresiva por la ingerencia directa que en la cuestión de límites quisiera tomar el Presidente de la República.

Un importante diario de la capital, en esos días — 19 de agosto de 1898 — daba la siguiente noticia: «Se asegura que el Presidente no sólo ha emprendido una campaña de desprestigio en contra del perito, sino que tiene la resolución de sustituirse a él en la discusión del problema que según los tratados vigentes está encomendada al señor Barros Arana. Nos resistimos a creer aún en una noticia tan grave, la que a ser cierta exigiría que se pusieran de pié todas las energías del país, en defensa del hombre ilustre que representa y encarna en este momento la aspiración nacional.»

Y estos rumores propalados por la prensa eran efectivos. Yo mismo le oí contar entonces a un correligionario y amigo de Errázuriz Echaurren, que en el partido liberal gobiernista produjo verdadera alarma esta intromisión del Presidente, y que se acercaron a él para manifestarle la confianza absoluta que tenían en la actuación del perito, pi-diéndole al mismo tiempo que le dejara toda la independencia necesaria para obrar en el desempeño de su cargo. El Presidente Errázuriz, que aún las cuestiones más graves no las tomaba muy en serio, les contentó entonces en son de broma: «¡No se alarmen, si nadie les va a tocar a *Taita Dios!*»

Errázuriz Echaurren, que entre sus hábitos regocijados contaba con ése suyo predilecto de poner algún apodo a las

personas, había inventado aquél para el señor Barros Arana

El verdadero conflicto comienza luego de llegar de Buenos Aires el perito argentino, que, animado por la actitud de Errázuriz, trata siempre de eludir un acuerdo definitivo en las conferencias con el perito chileno, a fin de entablar negociaciones directas con el Presidente.

Barros Arana hubo de recordar más tarde algunas de estas incidencias: «En esos momentos — agosto de 1898 — estaba por llegar a Chile el señor perito Moreno, con quien había contraído gran amistad el Presidente Errázuriz, y que debía traer insinuaciones confidenciales del general Roca, que estaba ya elegido Presidente de la República Argentina. Omito referir aquí — agrega el señor Barros Arana — muchos hechos y circunstancias relacionados con los sucesos de esos días, la exigencia del Presidente Errázuriz para asistir a las conferencias periciales, y mi resolución de no admitirlo; sus ideas sobre la manera de llevar a cabo el arbitraje, su aprobación a un acta toda ella confeccionada por el perito Moreno para ser presentada al árbitro como exposición del litigio y de los fundamentos de cada parte, y por fin de la orden que me envió de firmar esa acta, y de mi negativa resuelta y terminante a suscribirla:»

Lo cierto es que el señor Barros Arana — en su patriótico anhelo de servir al país — manifestó en estas circuns-

tancias un temple de carácter superior, sobreponiéndose a muchas bajezas y miserias que pudieran herirle.

Chile entero había depositado su confianza en él: eso sólo le obligaba a cualquier sacrificio, «resistiendo — como dijera don Valentín Letelier — con indomable entereza las hostilidades y caprichos de gobernantes menguados.»

La ingerencia directa que tomara el Presidente en este negocio, iba, pues, dando un sesgo no muy favorable a nuestro viejo pleito limítrofe en su última instancia ante el árbitro inglés.

Existe un documento — inédito aún, pero que he tenido la suerte de ver — en que se revelan francamente esos manejos: es una carta dirigida desde Buenos Aires con fecha 23 de octubre de 1898 a don Diego Barros Arana, por el Ministro Diplomático en aquella capital, don Joaquín Walker Martínez, para aprobar sin reservas y con entusiasmo lo hecho y obrado por nuestro perito en la defensa de los derechos de Chile, fustigando al mismo tiempo con palabras de fuego la política presidencial y la de su gobierno.

Y previendo ya el desenlace, termina con profundo desaliento: «Lo peor es que estamos obligados a callar: que no podemos salvar nuestra propia dignidad sin herir la de nuestra patria.» (29)

*

Al tanto, pues, el perito Moreno de toda aquella intriga tan favorable a sus propósitos, eludía francamente un

entendimiento con el perito chileno. La crisis llegó, produciéndose entre ellos un total desacuerdo.

La opinión pública chilena, toda en masa, estuvo entonces con Barros Arana.

Sin embaigo, se le tendería una última celada. El Ministro de Relaciones Exteriores le pide que se traslade a Londres a continuar la defensa ante el Tribunal Arbitral.

No obstante el enorme sacrificio que a su edad significaba ese viaje, el señor Barros Arana aceptó con patriótico entusiasmo.

Había llegado la oportunidad para dar el golpe definitivo.

Como el despacho del mensaje enviado por el Gobierno al Senado se fuera retardando, la prensa insinuó que eso podía existir una mala jugada.

Así era en efecto. Confidencialmente, don Vicente Reyes lo hizo saber a don Diego Barros, quien en el acto presentó su renuncia.

Este desenlace, aún sin que se conociera entonces toda la verdad, produjo en el país una profunda impresión de inquietud y de desagrado; pero esta vez — como tantas otras — las componendas de la política y las pasiones de los hombres habían triunfado sobre el interés y la conveniencia nacionales.

*

Después de estos desgraciados acontecimientos, don Die-

go Barros Arana — sin odios ni amargura — buscó en el desempeño de sus clases en el Instituto y en sus trabajos literarios, el mejor desahogo a su incansable actividad. Al año siguiente — 1899 — da término a la *Historia General de Chile*, escribiendo, al publicar el volumen *XVI*, las últimas páginas en *Mi conclusión*.

A fines de 1902 le cupo desempeñar la Presidencia Honoraria del Congreso General de Enseñanza inaugurado solemnemente en Santiago el 25 de diciembre de ese año. Había subido a la cima de su prestigio, y se le tributaba aquel merecido homenaje como un reconocimiento público de los eminentes servicios prestados por él a la educación nacional durante un largo período de su vida.

En esa oportunidad pronunció un conceptuoso discurso, que terminaba con las siguientes palabras: «Si desgraciadamente en otras esferas de la actividad nacional, el aspecto de la República no se presente halagüeño, quépanos la satisfacción que en la nuestra ocupamos una situación honorable y ventajosa, y que estamos empeñados en el triunfo de la más santa y noble de las causas: la de difusión de la ciencia y de la cultura.»

Habiendo pasado ya los setenta, nadie hubiese podido imaginar que en ese límite extremo, el Maestro hiciera revivir las pasiones y acerbos ataques de otra edad; pero aún le estaba reservada una postrera invectiva: al tratarse en el Congreso uno de los temas, *La enseñanza de la moral está*

basada en la convicción religiosa, un asambleísta sostuvo que éste era el único principio aceptable en la educación.

Barros Arana, como si tornara a los años juveniles de encendida lucha, alza entonces su voz para protestar: «No puedo aceptar — exclama — que se venga aquí a decir que para ser honrado se necesita ser religioso. Tengo 73 años, y en toda mi larga vida he conocido a muchos hombres eminentes de este país; y hombres que fueron los primeros en los diversos órdenes de la actividad nacional, que fueron modelos en virtudes públicas y privadas, y que no tenían creencias religiosas.

«Yo afirmo que la única moral aceptable, la única que puede formar hombres dignos de una República libre y capaces de grandes empresas, es la *moral independiente* . . . , que es la que he practicado durante toda mi vida; con ella he luchado tenazmente por mis ideas, sin que jamás se me haya acusado de falta de honradez; y sin embargo, yo declaro bien alto que no tengo creencias religiosas.»

La repercusión que este incidente tuvo en la prensa conservadora fué enorme. Los mordaces ataques dirigidos al anciano y sabio Maestro se repitieron durante largo tiempo. sin que ahora — como antes — los adversarios pudieran ejercitar más allá la venganza con ese hombre que, en el ocaso de su vida, conservaba lo único que no habían podido quitarle: el vigor de su carácter entero y su espíritu amplio y luminoso.

cho el nivel común, fuera por lo mismo desproporcionado hasta en su naturaleza íntima y humana.

Algunos de estos contrastes «psicofísicos» ha sabido presentarlos con marcado relieve un distinguido escritor: «Bajo una envoltura débil — dice don Luis Barros Borgoño — se encerraba un alma enérgica e indomable; bajo las apariencias de una frialdad que parecía semejar despegado, un corazón lleno de ardor y de pasión; bajo formas sencillas y familiares, se revelaba siempre el espíritu superior.» (30)

En vida del gran historiador, uno de sus discípulos decía: «Los enemigos de don Diego Barros Arana, no pudiendo atacar su honradez intachable como hombre público y privado, como institutor y como historiador, ni pudiendo tampoco vituperar su independencia y valentía, han dado en decir que las exterioridades de su carácter son duras y ásperas, y que en el trato con los hombres es intolerable e inflexible. Un hombre que ha sido amado y que ha conservado el cariño invariable de la juventud que ha pasado durante cuarenta años por la autoridad de su enseñanza, debe tener un gran corazón y una dulcísima y delicada ternura.» (31)

Y tantos más — aún sin serle hostiles — solamente contraban en él al sabio que vive entregado por entero al cultivo de la ciencia y de las letras, considerando que aquel su recio espíritu templado en la lucha y las adversidades,

estuviera mal avenido con las ternuras del hogar y de la familia.

Sin embargo, pocos acaso guardarán como él un acervo mayor de tiernos y delicados afectos. No solamente en el hogar paterno — siendo niño — y más tarde en el suyo propio formado casi en la adolescencia, sino aún más allá supo extender el radio de su ternura: «Fué mi padre cariñoso — recuerda una sobrina suya — mi maestro incomparable, y el que despertó en mí las aficiones literarias que me han proporcionado las satisfacciones más hondas y más nobles de mi vida.» (32)

Llamado, pues, por inclinación natural, a disfrutar por entero de la felicidad doméstica, el destino, no obstante, se encargó de asestarle los más rudos y despiadados golpes: su hijo único Diego, niño aún, y cuando ya era una alentadora esperanza, perece trágicamente en su propio domicilio.

Como una compensación a esa enorme desgracia, le queda el cariño entrañable de un sobrino, de quien pudo ver los frutos ciertos de su brillante talento; pero luego también había de perecer en forma cruelmente dolorosa.

Prueba de la intensa amargura que le ocasiona este nuevo y rudo golpe, son las palabras escritas entonces por don Diego a un amigo suyo: «Su hijo de Ud., que conoció a mi Manuel muy de cerca, y que le prodigó sus cuidados y afectos apreciará la enormidad de la pérdida que he experimentado, y que ha experimentado la instrucción pública.» (33)

*

En cambio ha de contar hasta el final de su azarosa existencia con otro amor grande, el de su hija Josefina.

Había recibido, bajo la inmediata dirección paterna, una educación muy superior a la que ordinariamente se daba a las mujeres en esa época. Talentosa, fina y comprensiva, será siempre su compañera ideal, su mejor amiga, aunque no en todo participen de los mismos gustos: ella es elegante y frecuente la sociedad, ajustándose en mucho a esas fórmulas exteriores que suelen ahí marcar la distinción en las personas; él, sobrio, de costumbres sencillas, vive ajeno a la moda y a los convencionalismos inventados para satisfacer el ocio y la vanidad de las gentes.

Más de alguna incidencia íntima suele dejar en evidencia esta despreocupación social: su yerno Jorge Valdivieso Blanco había traído de París una «victoria» con aperos de gran lujo, entre otros, un rico mantón para cubrir los pies según la moda de aquel tiempo (1905).

Una tarde, don Diego sale de paseo en el nuevo coche, y notando al descender en el camino que alguien pudiera robarse el mantón, lo entrega al cochero para que le guarde mientras tanto consigo; pero éste — adoptando cierto aire grave — observa que el «tono» exige dejarlo botado ahí al pie del asiento.

—¡Nada tengo que ver con el «tono»! — replica furioso don Diego.

No mucho después el mismo me refiere el percance agrega:

—A causa de esto casi me he peleado hoy con mi yerno y mi hija Josefina.

—Cómo así...

—Porque, al contarles el caso, como ellas encontraron que el auriga tenía toda la razón, yo les recordé la frase Schopenhauer: ¡Las mujeres tienen los cabellos largos y las ideas cortas!

*

Aún en medio de las serias preocupaciones que se acarrearle graves asuntos de interés nacional, no olvida familia. Así, en carta dirigida al asesor técnico en la cuestión de límites, durante la tramitación del pleito ante el bitro en Londres, manifiesta su inquietud por la aguda conciencia de una nietecita: «La enfermedad es muy grave — dice — y a pesar de que la paciente está atendida por médicos buenos, y que éstos no consideran el caso desahogado, todo está aquí en alarma y confusión. Imagínese cómo estaré yo con mis 70 años recién cumplidos.» (Agosto de 1900).

En todo momento, pues, aparte de sus ocupaciones familiares, la lectura diaria, la tarea cotidiana de escribir algunas páginas y la de hacer sus clases y charlar en el Instituto, lo demás pertenece a su hogar.

Y durante los períodos de vacaciones, nunca se encuentra más a gusto que allá en su finca de San Bernardo, bajo la sombra de los árboles y sintiendo el bullicio y la alegría retozona de los nietos. De manera que cuando éstos — en viaje por Europa — ya en los últimos años le abandonaron corto tiempo, el viejo abuelo, entristecido por la ausencia, escribe con insistencia a su hija para que apresure cuanto antes el regreso.

*

Don Diego nunca hizo vida de club. «Ni partidos políticos ni asociaciones de ninguna especie — ha dicho un historiador contemporáneo — le contaron entre sus prosélitos. Era único y soío.» (34)

Había formado el corto círculo de sus íntimos lejos de aquellos centros, y las afecciones más sólidas y duraderas de su vida nacieron allá en las aulas del Instituto, sin que entonces — como más tarde — tuvieran influencia en acrecentarlas o disminuirlas las diferencias de fortuna, de posición o de bandería política. Para ellos también su más decidida adhesión y lealtad, como para sus enemigos el desprecio más soberano e implacable: no cabían en él las medias tintas.

Muchos, entre otros Pizarro, Lillo, los hermanos Amunátegui fueron sus amigos desde los bancos del colegio. Con los últimos, sobre todo, esa unión — verdaderamente fra-

ternal — vino a constituir, a través de largos años, un lazo fuerte de aspiraciones e ideales comunes. Siente fervorosa predilección por su amigo Miguel Luis, de quien dijera: «Camaradas desde la niñez, hicimos nuestros primeros estudios en los mismos bancos y en los mismos libros, y contrajimos entonces la intimidad de hermanos que nos ha unido siempre, sin que la hayan perturbado un solo día, un solo momento, las vicisitudes de la vida.» (35)

Y como si hubiese de pagar todavía un último tributo a tan noble afecto, su único anhelo — antes de morir — es verle immortalizado en el bronce.

«En los primeros días de junio de 1902 — recuerda en una publicación hecha más tarde — propuse a algunos distinguidos caballeros que habían sido amigos personales de don Miguel Luis Amunátegui, o sus colegas en las tareas de la enseñanza o en los trabajos de Gobierno y de la administración pública, el pensamiento de elevar a éste, por subscripción popular, un monumento escultórico que recordara su nombre y sus servicios. Ese pensamiento fué muy favorablemente acogido, sin excepción, por todas las personas a quienes se lo comuniqué, y el 5 de junio del año citado publicábamos con nuestra firma una invitación al público, en que solicitábamos la cooperación y las erogaciones para llevar a cabo esa obra de cultura nacional y de justicia.» (36)

Y habiendo reunido personalmente en cortos meses una suma considerable de dinero, aprovecha la permanen-

cia de su yerno en Europa para encargar la ejecución del grupo escultórico a un notable artista francés. (37)

Al término del año 1905, consigue inaugurar el monumento, realización debida, sin duda, más que al recuerdo de un muerto, al prestigio e influencia de un vivo.

*

La llaneza de su trato y la irradiación espiritual de su intelecto superior, atraían con fuerza irresistible.

De ahí es que las amistades de toda su vida tuvieran siempre un arraigo que nada pudiera destruir.

Una dama muy católica era su amiga querida. Con motivo de las declaraciones sobre la «moral libre» hechas en el Congreso de Enseñanza, algunas señoras publicaron una protesta dirigida especialmente contra don Diego Barros Arana. Entre las firmantes figuraba esa dama.

Un buen día manda ella un recuerdo muy sentido y cariñoso a su viejo amigo.

—¡Cómo — replica don Diego — se atrave la Emilia, después de lo que ha hecho!...

No tarda mucho en llegar la respuesta:

—Dígale a Diego — contesta aquella por intermedio de un común amigo — que yo puedo creer en la virgen y en los santos, y que él puede afirmar o negar lo que le venga en gana; pero que — por sobre todo — siempre estará el cariño y el afecto sincero de nuestra vieja amistad;

que mi nombre lo han puesto ahí sin consentimiento mío, y que primero me habrían cortado una mano antes que firmar nada en contra suya. (38)

*

Acaso muy poco de su personalidad íntima descubran todavía estas cortas páginas, demasiado pequeñas para encerrar en ellas un alma tan grande que — como ironía del destino — había de aprisionarla en vida una envoltura de tan frágil y engañadora apariencia.

Muchos espíritus superficiales no le han comprendido, y otros — cegados por innobles pasiones — continúan negándole todo, porque les exacerba el triunfo inaudito de la obra de este hombre, que aún vive y alienta a través de las generaciones.

Y como ha dicho muy bien un escritor de nuestros días: «Han corrido los años desvaneciendo el ruido airado que aquel hombre levantó con su paso hurraño, en el dominio de la intelectualidad chilena. Muchas generaciones le siguieran en sus enseñanzas. Muchos otros recuerdan aún aquel hombre de alta estatura, de largas piernas, de rostro severo y ojos penetrantes y agudos, cargados, sin embargo, de bondad y de bien. La conciencia del país no olvida al que ayudó a forjar con tenacidad inquebrantable el alma de la nacionalidad, a ese educador que hizo más noble la existencia juvenil, porque enseñó a mirar la vida con los ojos limpios y luminosos de la verdad y de la ciencia.» (39)

EL VIEJO INSTITUTO CONSERVABA AUN POR aquellos años — 1900 a 1906 — un hermoso rincón que tenía la apacibilidad y el aislamiento de un pequeño claustro independiente del resto del edificio. Un jardín con flores y plantas raras — valiosa colección antes utilizable en el estudio de la botánica — constituía la gran atracción del aquel sitio.

Ahí estaba el aula de don Diego, a donde solía venir todos los días a la una de la tarde. La hora temprana, no obstante tener algunos inconvenientes, parecía más conforme con sus hábitos, y le proporcionaba además la oportunidad de permanecer largo rato en el colegio, disfrutando de un ambiente muy grato para él.

En el mismo patio, otra pequeña sala tapizada de rojo, a semejanza del famoso salón «colorado» del Club de la

Unión, era durante los días en que hacía clases don Diego, el centro de una animada tertulia. Pero ésta, a diferencia de la otra — poblada de ordinario por comentadores del último suceso político o social —, reunía acá un grupo selecto de profesores y de jóvenes estudiantes interesados en oír la sabia y fluida palabra del maestro. Charlador ameno e infatigable, su dicción fácil modelaba siempre — sin rebusca de ninguna especie — la frase cristalina.

En su oportunidad abordaba los temas más variados: historia, ciencia, arte..., nada estaba excluido de esa cabeza formidable y dueña de la más prodigiosa memoria: era una enciclopedia viviente.

Jamás asomo de pedantería o alarde de suficiencia empañaba su disertación, y como además no tuviera ahí empleo el yo irritante e immodesto, su discurso era escuchado en un ambiente de grata intimidad y simpatía.

Pero no sólo cuestiones de esa índole mantenían el interés y la amenidad en la reunión; tal cual incidente cómico hacía no pocas veces la delicias de la concurrencia.

Cierto día del mes de agosto, don Diego se lamentaba de haber pasado mala noche a causa del griterío de los gatos en el techo de su casa.

El conocido y reputado profesor alemán, doctor Hans sen, presente en ese momento, pregunta entonces con mucha extrañeza.

—¿Y por qué gritaban los gatos?

—¡Porque tenían dolor de muclas! — le contesta en tono socarrón don Diego.

El interpelante pareció muy satisfecho con la explicación; y mientras todos reían de muy buena gana, el doctor Hanssen no abandonó ni un instante su imperturbable y habitual gravedad.

*

Aparte de los concurrentes de todos los días, muchas otras personas solían alcanzar hasta la tertulia del Instituto. A no pocos guiaba acaso el interés de aprovechar los vastos conocimientos y la experiencia del gran historiador, a fin de utilizarlos — sin mayor esfuerzo — en la factura de alguna publicación en ciernes.

Don Diego se mostraba siempre muy asequible y bondadoso con aquellos jóvenes inteligentes que — bien inspirados — manifestaban verdadero interés por el estudio; pero muy otra era la acogida para los ignorantes y presumidos. A menudo entonces les hablaba en broma, expresando ideas u opiniones muchas veces desconcertantes.

Unos pocos se daban cuenta de que fuera esa actitud sólo táctica defensiva contra los majaderos e importunos; pero los menos avisados tomaban esas manifestaciones como signos evidentes de decaimiento intelectual.

En descubriendo malevolencia, el maestro solía llegar hasta la crudeza:

Un periodista — muy adicto a la política del gobierno —, queriendo hacer un reportaje sensacional sobre la cuestión de límites con la Argentina — muy ardua entonces — fué a interrogar al Perito chileno:

—¿Qué le parecen, don Diego, los mapas de Moreno?

—Sábanas manchadas de orines.

—¿Recuerda usted el punto esencial en que discreparon en la última conferencia?

—No me acuerdo de nada...

—¡Cómo es posible!... ¡Con una memoria como la suya!...

—¡Ah!... ¡la memoria!... esa facultad de los tontos...

El periodista, a quién acompaña Alejandro Fuenzalida Grandón, dice al salir:

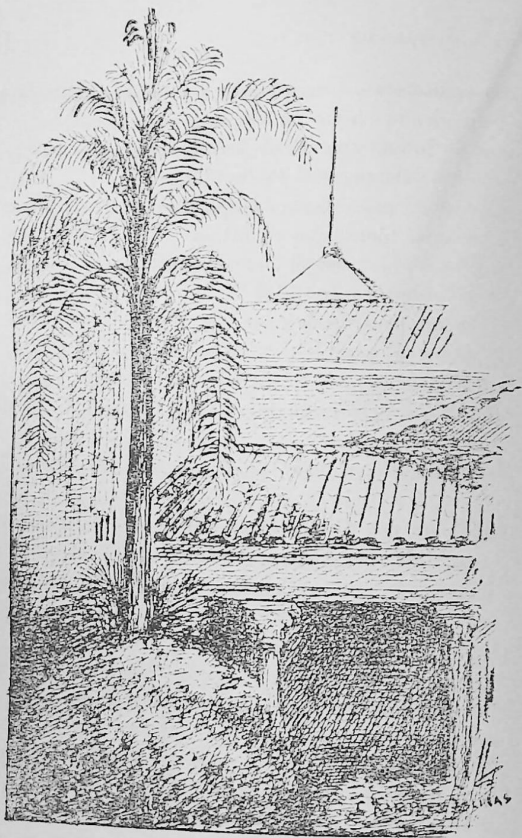
—¡Pobre don Diego, ya está en franca decadencia!

Fuenzalida, que conoce el secreto de la comedia, sonríe irónicamente.

*

En otras oportunidades, la broma adquiere ribetes divertidos:

En cierta ocasión, don Juan N. Espejo (40) le presenta un joven literato, notable por su excesiva suficiencia y vanidad. Es elegante y gasta gran prosopopeya en los modales y en el tono de la voz. Deseando obtener datos precisos



RINCÓN DEL PATIO EN QUE ESTABA EL AULA DE DON DIEGO

para la factura de una pieza histórica, encuentra que lo más sencillo es recurrir al inagotable arsenal...

Viene luego entre ambos un diálogo más o menos incoherente y sin resultado positivo al final.

Cuando el solicitante ha desaparecido, don Diego — sonriendo maliciosamente — dice al señor Espejo:

— Ese mozo, de seguro, se ha ido repitiendo que ya soy un viejo demente...

Y mientras parece no haber reparado siquiera en el joven escritor, la verdad es que no ha perdido detalle: «¡Qué personaje más curioso! Si tiene la nariz con más nudos que mi bastón!» — exclama, señalando el suyo hecho de un tosco palo de naranjo.

*

Estas modalidades de su carácter, que en realidad no eran sino la corteza de un fondo lleno de bondad, le atraían con frecuencia el alejamiento de las gentes superficiales, y de los que — dándose las de finos en sociedad — le motejaban de mal educado.

Desde muy joven había gustado de la broma, el chiste y la ironía, que supo utilizar más tarde en su vida — tan plena de asechanzas — como armas de ataque y de defensa.

Y de sus enemigos, los más enconados fueron casi siempre los que se sintieron heridos de esa manera.

Pero acá, en medio de los profesores del Instituto, en su gran mayoría comprensivos e inteligentes, él se sentía



DON JUAN N. ESPEJO VARAS

muy a gusto, como en casa propia, y seguro de contar siempre con la adhesión afectuosa, el cariño y la admiración de todos.

Cuantas veces — con aquella libertad suya de lenguaje tan franca y simpática — nos dijo a los jóvenes que en aquel tiempo vivíamos en el Instituto: «Ustedes que alternan aquí a diario con los profesores, que están en este ambiente de cultura, no tiene idea de la ignorancia del común de las gentes.»

Había querido conservar éste su último y grato refugio, que en todo momento fuera como una barrera infranqueable al odio y a la venganza de sus enemigos. Y él, con sólo no abandonar en el Instituto la cátedra que exaltara con el prestigio de su nombre, paga con creces la amable hospitalidad.

Muchos no comprendían cómo, teniendo tan elevada situación — a esa altura de la vida —, don Diego continuara haciendo clases guiado sólo por el cariño a la enseñanza y al Instituto, su viejo hogar. No pocos le creían en posesión del privilegio único de un gran sueldo.

Un día en que — como de costumbre — hacía el trayecto a pie desde su casa al colegio, encuentra en el camino a una amiga suya, quien, extrañada de saber que va al Instituto a hacer clases, le dice con ingenuidad:

—Pero le pagarán muy bien...

—Sí — le replica don Diego —, alcanzo a ganar un poco menos que la cocinera de mi casa. (41)

*

La noche del 16 de agosto de 1906 fué trágica en Santiago, pues aquí repercutió con violencia el terremoto que ese año puso en ruinas la ciudad de Valparaíso.

A la mañana siguiente, don Diego llegaba temprano al Instituto. No venía como antes a dictar sus clases, que abandonara hacía pocos meses, sino a inquirir noticias de lo que hubiera ocurrido en su vieja y querida casona.

Fué la postrera visita.

De regreso, lo acompañé hasta su domicilio. Como de costumbre, hicimos el camino a pie por el centro de la Alameda.

Al llegar a San Martín, encontró a un antiguo condiscípulo suyo a quien no veía desde mucho tiempo atrás, y se detuvo para saludarle con efusión.

Luego, siguiendo nuestra interrumpida marcha, le noté tan pálido y emocionado, que imaginé pudiera llegar hasta un accidente.

—¿Se siente mal, don Diego?

—No — me contesta —; pero este compañero de mis primeros años ha hecho revivir ahora recuerdos de mi niñez ya tan lejana.

¡Infancia y ancianidad unidas ahí un instante! Acaso entonces presintiera que esos extremos de la vida habrían de cerrar luego para él su círculo eterno.

DESPUES DE LAS INCIDENCIAS OCURRIDAS EN el Congreso General de Enseñanza y del inesperado y sensible fallecimiento del doctor Barros Borgoño, la admirable ancianidad del maestro va extinguiéndose lenta y apaciblemente en la tarde luminosa de su vida.

Pero todavía — en este crepúsculo — ha de ver el desaparecimiento de dos viejos amigos: el doctor Rodolfo Amando Philippi, su fiel y eficiente colaborador en las tareas de la enseñanza, y el historiador argentino, general don Bartolomé Mitre, a quien le unía una amistad de más de medio siglo, esa «amistad que nada ha perturbado y que nada ha aminorado; amistad sin desconfianzas ni rivalidades, en que no han intervenido sino móviles sanos, me ha procurado — escribía en 1902 el historiador chileno — una no

pequeña satisfacción en las afecciones de mi vida y en mi carrera de escritor.» (42)

En los solemnes funerales con que al primero honrara la Universidad de Chile, él, hondamente emocionado, le da su último adiós. Además, por encargo del Consejo de Instrucción Pública, ha de escribir luego una muy completa e interesante biografía del sabio naturalista.

Su vigor físico — siempre fué escaso — decae ahora ostensiblemente, mientras — como anuncio fatal — en los primeros meses de 1906 le acechan los síntomas de una dolencia implacable. Entonces también — sin mucha tardanza — llegará para el Maestro el término de la larga jornada.

Aunque el mal incurable avanza, la pluma no caerá de sus manos; y en vez de buscar reposo, tiene aún ánimo y fuerzas para dar término a su postrera obra, *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)*, iniciada el año anterior, y cuyo último volumen verá la luz pública en octubre de 1906.

Algo muy de notar en las postrimerías de esta fecunda y laboriosa existencia — sin precedente entre nosotros — es que mientras sus fuerzas físicas decaen, su cerebro poderoso se mantiene en pleno vigor y su arte de escribir adquiere mayor frescura y lozanía.

Con mucho acierto, pues, apunta su biógrafo oficial la circunstancia de que en esa última producción «las semblanzas de Portales, Irisarri, García del Río, Olañeta, José Miguel Infante, Santa Cruz, Bilbao y otros muchos, cobran

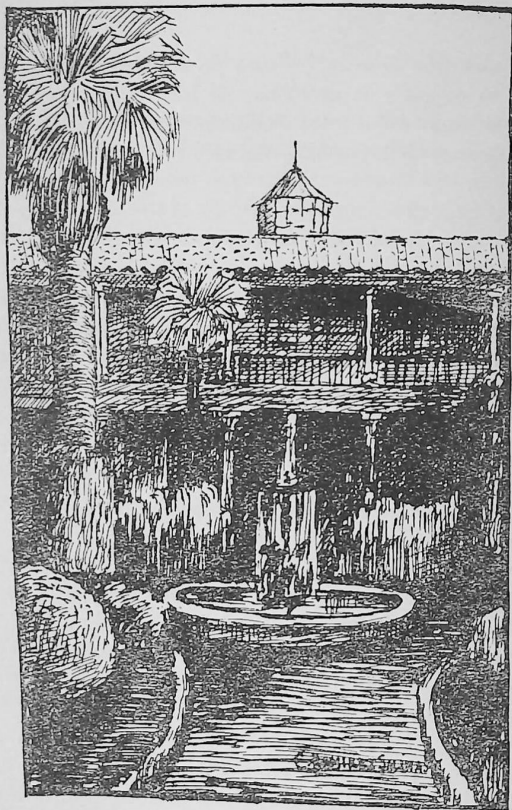
nueva animación ante la frescura de sus recuerdos, la nitidez de los rasgos y la exactitud de los perfiles. Y, en medio de la amenidad de las reminiscencias autobiográficas, el estilo corre fácil, sencillo, sereno.» (43)

*

Siempre con la esperanza de recuperar la salud perdida, no quiere abandonar sus clases en el Instituto. Pero no obstante hacer uso de larga licencia en busca de una compensación reparadora, se ve obligado siempre a renunciar definitivamente, porque «mi avanzada edad y el decaimiento de la salud — escribe él — no me permiten seguir desempeñando ese cargo.»

Por otra parte, el rector del Instituto Nacional al transcribir esa renuncia al ministerio, dice en nota de 15 de diciembre de 1906: «Desde el 21 de enero de 1863 hasta la fecha el señor Barros Arana ha prestado servicios en este Instituto, y durante estos 44 años de su laboriosa existencia ha vivido identificado a él, contribuyendo constantemente a su progresivo desarrollo con su experiencia, con su ilustración y con el prestigio de su nombre.» (44)

¡Sentido y parco elogio éste, y única manifestación oficial que en nuestra tierra — tan pródiga con el mediocre — recibe al término de su carrera el más probo, el más sabio, el más grande de los educadores chilenos!



PATIO CENTRAL DEL INSTITUTO

*

En marzo de 1907 voy a verlo en su retiro de San Bernardo. Acaba de abandonar para siempre sus tareas en la enseñanza, y aún cuando visiblemente la intensa palidez de su rostro delata los progresos de un cáncer destructor, se ilumina todavía su semblante al hablar de sus clases del Instituto: «Eran una necesidad de mi espíritu», exclama con tristeza, sintiendo acaso la nostalgia de mejores días, de aquellos en que la influencia esencialmente educadora de sus enseñanzas y de su vida llegara hasta el cerebro y el corazón de tantas generaciones de chilenos.

*

En los primeros días del invierno, la dolencia se agrava en tal forma que el ilustre paciente debe ya guardar cama para no volver a levantarse.

El proceso será largo; pero él — en esta última fase de su vida — demostrará la misma entereza con que afrontara siempre las mayores adversidades.

Largos días serán éstos en que — departiendo con sus amigos — hasta el postrer instante parece ejercer su magisterio con la misma serenidad con que Sócrates hablara a sus discípulos después de beber la cicuta.

Ni siquiera pierde su buen humor habitual, de modo que más de alguna incidencia cómica suele ser motivo de fina broma y esparcimiento.

Una tarde el general Korner viene a verlo. Viste de gran uniforme, y trae un ramo de violetas.

Después de conversar largo rato, exclama muy contrariado:

—¡Vaya! ¡qué curioso! ¡yo tenía unas flores y ahora se me han perdido!

Al despedirse, queda sobre la silla en que ha permanecido sentado durante la visita, un pequeño bulto informe y aplastado: ¡son las violetas del general!

Don Diego, riendo como los demás por el percance, dice entonces con picardía a un estudiante de medicina que le asiste en la enfermedad: «Joven, no tenga igual distracción cuando lleve flores a su novia.»

*

Comprendiendo lo irremediable de su mal, sabe que rápidamente camina al abismo; mas esto no obsta a la serena tranquilidad con que ve acercarse el momento supremo.

Días antes de morir, le sobreviene un hipo tenaz y persistente. Dirigiéndose entonces a su hija Josefina, que vela junto al lecho, le dice con afectuosa calma: «A ver, mi bibliotecaria, vaya a buscarme un diccionario francés de medicina y veamos ahí la palabra *hoquet*.»

Después de oír la lectura, observa con la mayor tranquilidad: «Creí que este fuera el comienzo de la agonía, pero veo que aún puede haber espera...»

Y no será muy larga, pues en la mañana del 4 de noviembre suena la hora suprema, que él oye serena y placidamente como un filósofo que buscara en el perenne sueño la compensación a todos los dolores y miserias de la vida.

*

En la tarde del día 6 de noviembre una multitud silenciosa y reverente se agolpa a las puertas del edificio central de la Universidad de Chile. Es que esta alta corporación, presidida por don Valentín Letelier, rinde ahora el postrer homenaje de admiración y de gratitud al más insigne de los maestros y al más grande de los historiadores nacionales. En ese instante habla en el pórtico de la casa universitaria, con prestancias de viejo tribuno, el historiador Gonzalo Bulnes.

La ciudad entera, que participa intensamente en el duelo público, se halla desde temprano en inusitado movimiento, mientras las gentes se estacionan a lo largo de las calles para ver desfilar el interminable cortejo. Aquello adquiere los caracteres de una verdadera apoteosis.

En el cementerio los oradores se suceden unos tras otros; pero ese torneo de elocuencia culmina en el momento en que con honda emoción, compartida en toda su plenitud por el auditorio, el Rector del Instituto Nacional, don Juan N. Espejo, evoca la egregia figura del Maestro: «Fué en su patria grande entre los grandes, sabio entre los sabios.

bueno entre los buenos; y ora enaltecido u ora fulminado — dice dirigiéndose a los alumnos del colegio — vosotros lo habéis visto recorrer los viejos corredores de la casa que habitamos, o lo habéis escuchado en las severas aulas donde ejerciera su fecundo magisterio, sonriente y bondadoso, sin que alcanzaran a quebrantar nunca su espíritus ni los halagos de la lisonja ni las amargas de la injusticia.»

Las sombras de la noche caen ya sobre la ciudad cuando la multitud abandona el Campo Santo; y mientras las salvas de fusilería, acusadoras de la mezquina participación del Gobierno, retumban en las bóvedas del cementerio — como para hacer más visible el contraste —, se alza el clamor inmenso de todo un pueblo para glorificar la memoria de uno de sus más grandes y beneméritos ciudadanos.

C O N C L U S I O N

SI A TRAVES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX no pocos nombres de chilenos ilustres están llamados a figurar con brillo en las páginas de la historia patria, raras, sin embargo, serán los señalados ahí por el aliento de vida persistente impreso por ellos mismos a la obra realizada.

Sin duda, entre éstos ocupa sitio preferente — acaso único — don Diego Barros Arana, de quien, largo tiempo después de su fallecimiento, un notable escritor y publicista expresará un juicio muy exacto para calificar al eminente maestro y gran historiador. «No ha muerto — dice —. De sus obras, de su vida toda se desprende como un efluvio que va atravesando las edades.» (45)

Afirmación ésta tan plena de realidad, cuando se ob-

serva hasta hoy día cómo el solo recuerdo suyo logra despertar acres y apasionadas controversias.

Lo cierto es que ninguno de sus contemporáneos ha reservado para sí privilegio semejante. Ahí están Lastarria, Santa María y otros, señalados también por su espíritu batallador... mas, ¿qué resta de ellos? Ninguno ha logrado sobrevivir a su época, y los hechos culminantes que ilustraran la vida de aquellos ciudadanos, el tiempo implacable muy pronto los ha confundido en la masa común de los acontecimientos difíciles de individualizar. De esos personajes — dentro de las diferentes ideologías — nadie teme ahora la influencia perturbadora de sus nombres.

En cambio, el de Barros Arana, suscitando siempre admiración entusiasta en la mayoría, despierta a menudo el encono y no pocas veces hasta la envidia, nacidos tal vez de la misma incapacidad para alcanzar renombre como aquél en obras que el tiempo ha sabido respetar.

Demostración de este aserto podemos hallarla en su obra máxima, la *Historia General de Chile*, mantenida actualmente en pleno vigor, no obstante haber predicho él mismo lo contrario cuando escribía en 1902: «Ella no tendrá larga duración y ni siquiera alcanzará los honores de una segunda edición.» (Esta última se ha iniciado en 1930, y van dados a la publicidad doce tomos del total de diez y seis.)

«La historia está destinada a rehacerse constantemente.

te. Cada edad busca en ella una enseñanza que corresponda a las nuevas ideas y a las nuevas aspiraciones.»

Estas palabras del eminente historiador tampoco han tenido hasta el presente aplicación positiva en otra obra semejante, que supere o iguale siquiera aquel magno esfuerzo de nuestra literatura histórica nacional.

Aquella obra colosal se mantiene en pie, y vivirá aun cuando la chispa de un nuevo genio — no encendida todavía — anime y rehaga el arte de historiar conforme a las modernas exigencias creadas por la evolución del tiempo.

*

La hoguera en que se agitaran enconadas pasiones en torno a su persona, conserva ascuas no extinguidas aún. Este solo hecho sería suficiente para asignar a Barros Arana un sitio poco común entre las mentalidades superiores, si a mayor abundamiento no viéramos destacarse — en todo — los rasgos de su recia personalidad, tan bien enfocados por un escritor contemporáneo: «Espíritu batallador temperamento de firme rectitud moral, alma de hombre libre, nada le hizo vacilar en las luchas. Era de la pasta de los que no ceden cuando están sostenidos por una verdadera conciencia de la verdad. Tenía sobrados motivos para marchar con la cabeza alta. Aquel hombre austero, formado en rígidas disciplinas, celoso del deber, carecía de ese espíritu blando que se acomoda a las circunstancias, y que

tantos males ha causado a la conciencia moral de este país. Las luchas no cesaron en torno a su personalidad.» (46)

Y podría agregarse que continúan aún.

De ahí, tal vez, que ese mismo ambiente caldeado por una pasión casi enfermiza, explique quizá la tardanza en erigirle con más premura el monumento destinado a perpetuar su memoria, no obstante estar reunidos desde tiempo atrás — y por suscripción popular — los fondos destinados a ese objeto.

Es así como solamente a mediados de 1935 vino a saldarse esta deuda de justicia y de gratitud; y aunque fuera después de largos años, este homenaje de sus conciudadanos acaso se torne más significativo, porque, como dice un gran pensador: «Cuando los hombres superiores desaparecen de la tierra, al primer estallido de entusiasmo, aumentado por el pesar, y a los últimos gritos de la envidia expirante, sucede pronto un silencio terrible, durante el cual se prepara con lentitud el juicio de la posteridad.» (47)

Barros Arana ha tenido un triunfo amplio, seguro y definitivo en esta prueba final; y su nombre, grande entre lo más grande que haya podido alcanzar el esfuerzo de nuestra raza, será constante ejemplo y enseñanza para la juventud que luche entusiasta y desinteresadamente por un noble ideal.

Y su efigie de bronce — como eterno centinela — habrá de señalar a las generaciones de más tarde ese mismo honroso camino que él, afrontando muchas adversidades, si-

guiera hasta el fin con perseverancia inaudita, para llevar a cabo — sin las claudicaciones ni la doblez empedregadas de los hombres — el más bello ideal de una vida consagrada por entero al servicio de la República.

- (1) RICARDO DONOSO.— *Barros Arana*, pág. 28.
- (2) BARROS ARANA.— *Discurso con motivo del 50.º aniversario de la Universidad de Chile*. ANALES 1893.
- (3) BELLO.— *Discurso en la inauguración de la Universidad de Chile*.— ANALES. Tomo I, pág. 143.
- (4) BARROS ARANA.— *Discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades*. ANALES, 1855.
- (5) BARROS ARANA.— *Informe*. ANALES, 1856.
- (6) *El Chileno*. 17 de Agosto de 1902.
- (7) BARROS ARANA.— Correspondencia con don Manuel A. Tocornal. 1859.
- (8) BARROS ARANA.— *Historia General de Chile*. Tomo XVI. *Mi conclusión*.
- (9) RICARDO DONOSO.— *Barros Arana*, pág. 55.

- (10) BARROS ARANA.— *Biografía de Philippi*, página 147.
- (11) *Pacífico Magazine*.— Enero de 1916. — Ahí Cifuentes hace esta declaración: «Yo no conocía al señor Barros más que por sus obras, pero me alegré mucho de su nombramiento (Rector del Instituto), pues allí había de tener ocasión de tratarle y él me serviría como nadie para mi proyectada historia de Chile. Desgraciadamente disipáronse bien pronto mis esperanzas.» Después, en sus *Memorias*, Tomo I, pág. 151, dice... «aquel sueño dorado de escribir la Historia de Chile.»
- (12) CIFUENTES.— *Memorias*. Tomo I, pág. 67 y 72.
- (13) CIFUENTES.— *Memorias*. Tomo I, pág. 404 y 405.
- (14) CIFUENTES.— *Memorias*. Tomo I, pág. 408.
- (15) BARROS ARANA.— *Correspondencia con don Miguel Luis Amunátegui*.
- (16) CIFUENTES.— *Memorias*. Tomo II, pág. 22.
- (17) VALENTÍN LETELIER.— *Discurso*. — Homenaje del Ateneo de Santiago a don Diego Barros Arana. 17 de agosto de 1902.
- (18) CIFUENTES.— *Memorias*. Tomo II, pág. 60 y 61.
- (19) CIFUENTES.— *Memorias*. Tomo II, pág. 67.
- (20) BARROS BORGOÑO.— *Misión en el Plata*, página 15.

- (21) ALBERTO EDWARDS.— *La Patagonia de Barros Arana*. *El Mercurio*, 1.º de abril de 1931.
- (22) PEDRO N. CRUZ.— *Estudios sobre la Literatura Chilena*. Tomo I.
- (23) RICARDO DONOSO.— *Barros Arana*, pág. 173.
- (24) ENRIQUE MAC-IVER.— *Pacífico Magazine*. Noviembre de 1915.
- (25) Elisa Puelma de Barros, esposa del doctor Manuel Barros Borgoño.
- (26) BARROS ARANA.— *Correspondencia con don Alejandro Bertrand*.
- (27) RICARDO DONOSO.— *Barros Arana*, pág. 196.
- (28) VALENTÍN LETELIER.— Homenaje del Ateneo de Santiago a don Diego Barros Arana. 17 de agosto de 1902.
- (29) JOAQUÍN WALQUER MARTÍNEZ.— Carta. Archivo de don Jorge Valdivieso Blanco.
- (30) BARROS BORGOÑO.— *Discurso*. Inauguración del monumento a don Diego Barros Arana, 1935.
- (31) SANTIAGO ALDUNATE BASCUÑÁN.— Homenaje a don Diego Barros Arana. 17 de agosto de 1902.
- (32) MARTINA BARROS DE ORRECO.— *El Mercurio*.— 19 de Mayo de 1935.
- (33) Doctor Manuel Barros Borgoño, que murió siendo Rector de la Universidad de Chile.

- (34) LUIS GALDAMES. — *Homenaje de la Universidad de Chile*, 1930.
- (35) BARROS ARANA. — *Biografía de don Miguel L. Amunátegui*.
- (36) BARROS ARANA. — *Obras*. Tomo XIII, pág. 437.
- (37) M. Denis Puech, notable escultor francés que había obtenido — 1884 — el gran premio Roma.
- (38) Recado de doña Emiliana Subercaseaux de Concha, viuda de don Melchor Concha y Toro.
- (39) DOMINGO MELFI. — *La Nación*, 19 de mayo de 1935.
- (40) En aquella época era Rector del Instituto Nacional un discípulo de Barros Arana, don Juan N. Espejo, quien, desde muy joven, había manifestado decidida inclinación al magisterio. Al frente del Instituto, se impuso a la estimación y a la confianza públicas, no sólo con su indiscutible talento, sino por lo que significaba para la juventud educanda el ejemplo constante de su vida toda, tan plena de virtudes, que enaltecieron y dignificaron el establecimiento que dirigió sabiamente durante cuarenta años.
- (41) En 1905, la hora semanal de clases en la enseñanza secundaria se pagaba a razón de 150 pesos anuales. Don Diego Barros Arana hacía entonces en el Instituto un curso de Literatura con tres horas semanales en el sexto año de Humanidades: ¡le correspondía una remuneración mensual de 37 pesos 50 centavos!

- (42) BARROS ARANA. — *Historia General. Mi conclusión*.
- (43) RICARDO DONOSO. — *Barros Arana*. pág. 237 y 238.
- (44) Esta comunicación fué redactada por don Juan N. Espejo, Rector entonces del Instituto Nacional.
- (45) CARLOS SILVA VILDÓSOLA. — *Retratos*.
- (46) DOMINGO MELFI. — *La Nación*. 19 de Mayo de 1935.
- (47) Condorcet. Notable filósofo y publicista francés.

Esta edición se hizo en las Prensas de la Universidad de Chile, en número de mil ejemplares, y se terminó de imprimir el 17 de Septiembre de 1942. El autor expresa aquí su gratitud a don Lino Paniagua, linotipista; a don Francisco Pezoa Astudillo, corrector de pruebas; a don Oscar Godoy Vallejo, compaginador; a don Luis Soza Kallens, don Armando Torres Moya y don Orlando Soza Kallens, prensistas; a don Jorge Lazo Hormazábal y don Carlos Cofré Espinoza, encuadernadores; a don Juan Rojas Delgado y don José Carrasco Soto, aprendices de encuadernación; a don Manuel Rojas, regente; a don Mauricio Amster, autor del croquis tipográfico, personas que hicieron este libro y pusieron su empeño en acreditar las ediciones de la Universidad de Chile.

